

Daniel Schávelzon y Patricia Frazzi

LAS MUERTES DE UN CAUDILLO

La tumba de Facundo Quiroga



OLMO EDICIONES



Patricia Frazzi y Daniel Schávelzon

forman una de esas poco comunes parejas dedicadas a aspectos diferentes de un mismo tema: el patrimonio cultural. Ella es licenciada en Restauración y Conservación y se ha especializado en trabajos de materiales arqueológicos; es profesora en varias universidades de Buenos Aires y ha formado una generación de especialistas en restauración. Daniel Schávelzon es un conocido experto en la arqueología de Buenos Aires, doctor en conservación de monumentos arqueológicos e históricos, con diversos libros publicados que la comunidad ha reconocido por su interés. Es investigador del Conicet, profesor de la Universidad de Buenos Aires y tiene una larga trayectoria en América Latina. Ambos trabajan para el Gobierno de la Ciudad en arqueología urbana y han mostrado que la ciudad aun tiene bajo su suelo un rico potencial arqueológico que forma parte de nuestro patrimonio de más de cuatrocientos años de pasado.

En este caso, la búsqueda, hallazgo y discusión sobre el ataúd de Facundo que encontraron tras una pared, abre vetas impensadas sobre nuestra historia, generando interrogantes que llevará mucho esfuerzo explicar. La ciencia, como siempre, crea más preguntas de las que puede resolver, y así avanza.



A la memoria de Don Jorge Alfonsín, quien tuvo la idea, hizo los estudios preliminares y formó el grupo de trabajo para encontrar el ataúd de Quiroga, pero nunca lo pudo ver completado. Ahora le agradecemos todo su esfuerzo.

***La hipérbole no suple la
argumentación***

Caleb Carr

El caso del secretario italiano, 2005.

***Llovió demasiada sangre;
No llueva más sangre ahora***

Arturo Capdevila

Romances de la Santa Federación, 1951.

LAS MUERTES DE UN CAUDILLO

La tumba de Facundo Quiroga

Daniel Schávelzon y Patricia Frazzi

OLMO EDICIONES

Dirección

Omar López Mato

Diseño y diagramación

María Jaeschke

Corrección de textos

María Poggioli

Colaboración

Celina López Mato

Matías Garabedian

Obra de tapa

"Asesinato de Quiroga" (1923) de Pedro Figari.

Óleo sobre cartón, 49 x 68,4 cm.

Colección Carlos Pedro Blaquier y Nelly Arieta de Blaquier.

Impreso en

Titakis

Schávelzon, Daniel

Las muertes de un caudillo : la tumba de Facundo Quiroga / Daniel Schávelzon y Patricia Frazzi. - 1a ed. - Buenos Aires : Olmo Ediciones, 1. 112 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1555-08-6

1. Investigación Histórica. I. Frazzi, Patricia II. Título
CDD 907.2

Fecha de catalogación: 12/02/2010

© 2010 OLMO Ediciones

Marcelo T. de Alvear 2261 (C1122AA1) Buenos Aires

olmoediciones@gmail.com

www.olmoediciones.com

ÍNDICE GENERAL

Prólogo por Omar López Mato	11
Agradecimientos	13
Introducción	15
Primera parte: La historia	
- La muerte de un caudillo	23
- Los hechos de Barranca Yaco y su origen	28
- La Posta de Sinsacate	43
- El viaje y el entierro en Córdoba	48
- El acta de Inhumación levantada durante el entierro	50
- La galera de la discordia	52
- El traslado y el velorio en Flores	54
- El entierro en San Francisco, en Buenos Aires	57
- El primer entierro en la Recoleta	60
- El segundo entierro en la Recoleta	62
- Emparedado en su propia bóveda: una leyenda, una historia, una tradición	68
- El final de la historia	72

Segunda parte: La actualidad

- Los intentos de traslado a La Rioja	75
- La investigación para ubicar su ataúd	77
- El hallazgo tras el muro	81
- Estudios de la placa retirada de la tumba	89
- La lanza de Barranca Yaco, su recuperación	94
- Todo de nuevo: la refacción de la bóveda y la reubicación del ataúd: ¿y si no fuera?.....	97
Bibliografía	103
Anexo	107

PRÓLOGO

Hace ya ocho años que Daniel Schávelzon me formuló una pregunta que me desconcertó: ¿de dónde había sacado, cuando escribí la historia del Cementerio de la Recoleta, que Facundo Quiroga había sido enterrado de pie? Le contesté que sólo repetía lo expuesto por la doctora Elba Villafañe Bombal. En un libro que la doctora había escrito hace más de cincuenta años afirmaba que, siguiendo un deseo póstumo del brigadier, los restos de Quiroga habían sido “empotrados, amurados y empalados” en el ángulo sudoeste de su tumba en el antiguo Cementerio del Norte.

La historia había pasado al imaginario popular y la idea de tener un héroe que se preparaba de esta forma para presentarse ante el Señor, enfrentándolo de pie como un macho argentino, a todos nos complacía en nuestro orgullo patrio. Pero Daniel me comunicó que a pesar de haber buscado en su tumba, a Facundo no lo había hallado ni de pie, ni acostado ni de forma alguna, sencillamente su cuerpo no se encontraba en el lugar en donde todos creíamos que descansaba. ¿Omisión o error? ¿Dónde estaba Facundo Quiroga?

Fue entonces que Patricia y Daniel me invitaron a participar de esta aventura junto a Jorge Alfonsín, para dilucidar el paradero de una de las figuras más emblemáticas de la historia de los argentinos.

Esta es la narrativa metódica y precisa de ellos sobre los últimos días de Facundo y el trayecto póstumo de sus restos.

Omar López Mato

AGRADECIMIENTOS

En la investigación colaboraron Mario Silveira, Julieta Penesis, Alberto Campos, Micaela Dell'Oca, Melina Bednarz y Marcos Rambla. Toda la idea fue de Jorge Alfonsín. Omar López Mato nos ayudó económicamente y con su amistad. En el Instituto Juan Manuel de Rosas nos apoyaron Oscar Denovi y las autoridades del organismo. En la Recoleta estuvieron: Bárbara de Santuolo como antropóloga forense y Carlos Francavilla como Director del Patrimonio Histórico del cementerio. Los estudios de georadar fueron realizados por Mauricio Sacchi y Alejandro García, de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Amalia Alfonsín nos facilitó, tras el fallecimiento de su padre, toda la documentación ya recabada. Por supuesto, la interpretación de los hechos es toda nuestra. Martín Carrasco Quintana, con su transcripción de los documentos del juicio nos ha hecho un enorme favor. El Museo Histórico Nacional y el de Luján son los repositorios de la mayor parte de las ilustraciones incluidas.

Nota de grafía

En todos los documentos antiguos transcritos se ha optado por modernizar la grafía para hacer más sencilla la lectura sin modificar el texto. En el caso del apellido Reynafé optamos por la modernizada Reinafé, incluso sabiendo que el apellido original del que derivó éste, era con toda certeza, muy diferente.

INTRODUCCIÓN

¿Por qué buscar el ataúd de Facundo Quiroga?, ¿tiene alguna importancia para la ciencia el que esté o no en su bóveda, o en cualquier otro lado? Son buenas preguntas que uno mismo se hizo antes de iniciar estos estudios, pero los motivos a veces son muchos, vienen todos a la vez, y más allá de una consulta seria hecha por la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, ésto lo desataron dos sucesos paralelos. Primero: los movimientos hechos por el gobierno de Carlos Menem para trasladar el cadáver a La Rioja, sin estar seguros siquiera si existía; segundo: impedir que pasara lo mismo que con el cadáver de Juan Manuel de Rosas. Como equipo dedicado a la arqueología urbana, no nos preocupaban los restos de Rosas, sino la indignación que nos provocaba la falta de respeto por la metodología científica que demostró el Poder Ejecutivo y el Legislativo al ordenar una acción sin que participara gente idónea que, por cierto, la hay en el país.

Lo de Rosas fue público, notorio y escandaloso, una falta de respeto a la antropología forense y al sentido común: recordemos que cuando en 1989 se repatriaron sus restos, los encargados de hacerlo mandaron a una empresa a excavar el lugar utilizando una pala mecánica; los responsables llegaron tarde tras quedarse dormidos y al ataúd –detalle esencial- lo habían dejado en la vereda. Más tarde, lo abrieron sin control científico alguno –ni una foto siquiera-, sacaron todo lo que había dentro para repartírselo sin dudar un segundo. Uno de los presentes, para más señas vendedor de departamentos, exhibía orgulloso en su casa la dentadura de Rosas, hasta que hubo que denunciarlo públicamente. Por supuesto, el sarcófago original de plomo fue fundido y vendido; y ni decir que los huesos, sin tratamiento alguno, sin siquiera los cuidados mínimos de un conservador, quedaron convertidos en polvo ¡y el embajador responsable –un Ortiz de Rozas- lo publicó, orgulloso, en un libro!¹

Cuando se habló de hacer algo similar con Quiroga y nadie salió a evitarlo, más que la familia, (que lo que le interesaba era que se quedara en el lugar y que no hubiera ciencia de por medio), fue cuando decidimos intervenir;

1. Manuel de Anchorena, *La repatriación de Rosas*, Editorial Teoría, Buenos Aires, 1990; en la pág. 23 se describe el reparto del contenido del ataúd.

más aun que el pedido venía de un amigo que estaba poniendo un poco de racionalidad en el tema, don Jorge Alfonsín.

Pero, ¿dónde comenzar esta historia? Fue hace mucho, el 15 de diciembre de 1834, un caluroso día de verano porteño. Este no resultó ser otro día más, o al menos los tres personajes que allí estaban reunidos, no imaginaban que desde ese momento se desataría una de las pasiones más fuertes de la historia argentina: la de la muerte de Facundo Quiroga, la del Tigre de los Llanos, el líder de las Montoneras, del hombre sobre quién más se ha escrito en el país. En esa casa de Flores, un modesto caserío en el camino a Luján donde habían aprovechado para lotear algunos terrenos, zona aún dedicada a la agricultura, estaban Rosas, Terrero y Quiroga; lo más fuerte del federalismo argentino, los hombres que juntos reunían el poder político, el económico y las relaciones sociales que mantenían más o menos unificadas a las provincias reunidas en una confederación. 1834 había sido un año tranquilo y Manuel Vicente Maza se había hecho cargo del gobierno reemplazando a Viamonte el primero de octubre. Nadie podía imaginar que terminaría con la muerte de Facundo y nuevas elecciones. Lo natural hubiese sido que viviera ostentosamente con su familia en la casa de la calle Defensa, frente a la iglesia de Santo Domingo.

¿Qué hacían tres personajes de esa talla en ese sitio? Rosas y Quiroga habían regresado de la larga campaña al desierto, de la que no debían venir descansados por cierto, Facundo había entrado en la ciudad de Buenos Aires, lo que por supuesto, indignó a los unitarios, pero Rosas aún no; Rivadavia, líder de la oposición llegaría a la ciudad el 28 de abril siguiente.

Los conflictos allí y en el país no eran ni pocos ni menores pero tampoco tantos como en años anteriores, sin embargo, dos provincias norteñas amenazaban invadirse mutuamente... ¿Era un tema tan importante como para que estos tres poderosos hombres se reuniesen? Es muy difícil evaluar esto a la distancia, lo cierto es que había dos problemas simultáneos: uno se trataba de la reciente frontera con Bolivia, lo que fácilmente podía transformarse en una cuestión internacional, el otro era que se trataba del primer conflicto en esta nueva etapa en la que Rosas se asomaba con su nueva imagen hacia el poder, un poder en el cual Quiroga era un aliado sentado a su diestra, sus montoneras desarmadas, preocupados todos por la alta política

más que por temas menores. El país era casi totalmente federal –por las buenas o las malas-, la frontera sur había sido pacificada con la campaña de 1833 y ahora le tocaba el turno al resto, lo que era aún más difícil de lograr por las luchas entre los federales mismos, ni siquiera contra unitarios. Y por eso, el norte era crucial, Salta, Jujuy y Tucumán eran provincias muy importantes como para dejarlas olvidadas. Hubo quienes creyeron que ese enfrentamiento había sido provocado por los hermanos Reinafé desde el gobierno de Córdoba, por López en Santa Fe, hasta incluso por los unitarios, siempre buscando complots, con influencia extranjera. Hay bibliografía que incluye una coalición entre todos ellos, que se cierra con Rivadavia, Viamonte, Balcarce y Alvear, en círculos que luchan por el poder, logias secretas y agentes infiltrados. No hace falta mucha imaginación para entender a qué tipo de historiografía pertenece esa interpretación.



*Facundo Quiroga en una imagen poco habitual, con el cabello corto
(Museo Histórico Nacional)*

Pero el conflicto era real y era necesario intervenir políticamente y no con las armas. Esta era una postura moderna, de acuerdo a un nuevo proyecto de país. Nos guste o no, diferente del anterior. Por supuesto muchos juzgaron la participación en este evento a partir de los sucesos posteriores, pero eso es hacer historia contrafáctica, o pensar en grandes planes maléficos sabiamente orquestados que suenan más a paranoia.

La decisión, para algunos por una propuesta hecha por Vicente Maza, fue que Facundo Quiroga con todo su prestigio a cuestas, con fama indiscutible para cualquier federal en el país, hiciera un rápido viaje, calmara la situación como fuese y regresara lo antes posible. Era una medida política, no militar. Sería una misión sin soldados, sin guardia siquiera, sólo con su propio nombre, que buscaría encontrar la manera de desanudar el conflicto en aras de la unión de las provincias. Era el Poder Omnípodo, que como el Rey o como Dios, se trasladaba. Nadie osaría molestarlo, resultaba poco imaginable otra cosa. Y si bien había inquina con los Reinafé, no era más grave que con otros caudillos. Simplemente, debía pasar por su provincia sin siquiera parar en la capital.

¿Hubo alguna otra intención? Mucho se ha discutido y según la ideología, bando o partido de cada quien, se han visto mil intencionalidades soterradas, desde la simple fatalidad hasta premeditados proyectos, organizando subversiones. Más allá de que el ver intenciones subversivas es típico del pensamiento nacional de derecha, no hay manera de saber si algo de eso tiene la más mínima posibilidad de ser cierto. Podemos entender que muchos aprovecharon todo y cada parte del hecho. Y sí es factible que al hacer público el acto, al difundir que se haría el viaje, algunos planearon, imaginaron o siquiera soñaron un asesinato casi imposible de otra manera. Difícil es probarlo hoy y también lo fue entonces, pero obviamente alguien lo hizo.

Para varios fue la gran oportunidad; lo que nunca se pudo saber es si hubo alguien más que los que pagaron por el hecho. El campo de la especulación es infinito y no entraremos en él.

Obviamente sí hubo a quienes el asesinato benefició, por acción o inacción, especialmente a Juan Manuel de Rosas que sin esta muerte, difícilmente hubiese llegado tan rápidamente al poder. Hubo algunos que

quedaron sin enemigos y otros, sin competencia; a unos pocos les allanó el camino hacia donde fuera que quisieran ir y hubo sin duda quienes aprovecharon la situación de mil y una maneras. ¿Todos ellos eran culpables? ¿Podemos ver planes tan bien organizados con tan poca anticipación o con las distancias infernales de aquellos tiempos? Que un hecho le venga bien a alguien, ¿lo hace cómplice? Creemos que la realidad no es tan compleja como algunos la vieron, asumimos que se dieron un conjunto de coyunturas que lo hicieron factible y que a muchos les sirvió, como a otros no. Lo concreto es que la muerte de Quiroga fue el final de un país y el inicio de otro, quizás no tan diferentes en el fondo, pero sí disímiles.

Quizás el gran error, imperdonable para políticos avezados, (a menos que realmente creyeran que el país estaba más maduro para su unión que lo que realmente estaba), fue que Rosas, Quiroga y Terrero decidieron que se hiciera el viaje propuesto por Maza. En el acto, despacharon avisos a los gobernadores más recalcitrantes, muchos de ellos federales pero no siempre amigos de Rosas y de Quiroga, como López, Reinafé e Ibarra, avisándoles que Quiroga iba al norte y cruzaría sus tierras. Por supuesto que esos avisos nada quieren decir en sí mismos y hasta hubiera sido imposible que no los enviaran; pueden ser vistos como ejercicio de fuerza, como un razonable gesto de cortesía, como un simple pedido de colaboración, como el anuncio de una nueva era en que los grandes caudillos dejaban las armas y tomaban la negociación, o como una manera de indicar que estaban cambiando algunos criterios en la forma de hacer política. Pueden ser muchas cosas y ninguna de ellas, lo concreto es que el viaje dejaba de ser un secreto desde antes de iniciarse. Y eso tendrá sus consecuencias ya que a los pocos días, todas las postas del camino eran anoticiadas del evento para que preparasen caballos y colaborasen con los viajeros.

No podemos dejar de sumar a esta ecuación el que hubiera alguien que creyera que era inmortal, fuese quien fuese. Aún Sarmiento no había escrito su *Facundo*, faltaba mucho para ello ya que ni siquiera, en ese entonces, conocía ni al caudillo ni a las pampas a las que tantas hojas dedicaría, inventando la novela argentina. Aún no había libros sobre él, pero su sombra se proyectaba con su montonera sobre todo el territorio. Sarmiento, al

pretender destruirlo, años más tarde, lo transformó en inmortal.

Es cierto que ni era cualquiera, ni tampoco cualquiera se animaba a enfrentarlo, pero calculó mal y sí, hubo quien se animó. Tras muchas vueltas, con mucho esfuerzo, presiones, dinero y gran poder detrás, alguien enfrentó a Facundo. ¿Una guardia armada hubiera evitado el asesinato? Imposible saberlo, sólo serían especulaciones; lo concreto, lo real, lo ineludible, es que el 16 de febrero de 1836 Quiroga enfrentó a la muerte.

Apenas habían transcurrido dos meses desde que se habían reunido para discutir la idea del viaje. Tampoco debemos olvidar que la costumbre, en esos tiempos en los cuales las milicias oficiales o particulares distaban de ser diferentes entre sí, era que se mataba por simple decisión de un superior. Esa era la norma. Pocos tomaban prisioneros, y las cárceles existían más bien para los borrachos. Al final de cuentas, la bandera del propio Quiroga era: *Religión o Muerte*.

Aquí comienza nuestra historia, con el asesinato de Quiroga, una historia que no es de vivos sino de muertos, de cadáveres, de necrolatría si se quiere, porque la arqueología se hace con muertos, sean antiguos o recientes. Es la historia del hallazgo de un ataúd que puede ser un simple evento sin trascendencia o un hallazgo más que interesante por las perspectivas que abre, por lo que nos hace reflexionar sobre el pasado, sobre el tratamiento que a veces hacemos los argentinos de la muerte y de los muertos; más que nada por el peso que eso tiene sobre nosotros mismos, los que desde hoy nos enfrentamos a la muerte de otros, los que vimos y seguimos viendo la violencia, la intolerancia, la discriminación, el odio político, el rencor absurdo de la diferencia. Esa es esta historia, una más de las cientos del Tigre de los Llanos: la de su cadáver y de su ataúd perdido y reencontrado, si es que de él se trata. Pero volvamos a nuestra historia. No podemos dejar de situarnos: todos los argentinos sabemos de la historia de luchas entre unitarios y federales. No es una historia real sino una construcción hecha por el liberalismo, ganador en la puja de la historiografía. Si era a su vez la herencia del unitarismo, es otra polémica, pero lo concreto es que ésta historia va a ser la escrita desde Bartolomé Mitre en adelante. Muchos se le enfrentaron con otras historias alternativas, por ejemplo su propio contemporáneo Adolfo Saldías y hasta el joven

Enrique Peña, pero todos fueron aplastados por el peso de la historiografía establecida, pese a que ellos mismos eran liberales a ultranza y generalmente no rosistas. No era siquiera hacer una historia federal contra otra unitaria, en último caso se trataba de quién construía la secuencia con más borrones y que mejor cerrara para el futuro, con mayor o menor existencia real del interior en una historia básicamente porteña en la que Facundo o Rosas podían ser lavados y engullidos por lo urbano e integrados a la secuencia de la gloria heroica. Eso, pese a los tantos años transcurridos, a la reacción de los historiadores que no aceptaron la imposición a la fuerza que las historias provinciales han tenido y siguen teniendo, es un bloque muy difícil de mover. No es siquiera nuestra intención el entrar en esas polémicas, pero éstas nos afectaron en cada paso que dimos en esta búsqueda. Ojalá este conjunto de dudas sobre Quiroga, porque eso es todo este trabajo hecho, nos sirvan para generar nuevas preguntas útiles sobre nuestro propio pasado, parcialmente narrado.



Interior de la bóveda al iniciar los estudios: un amontonamiento de cajones podridos y basura que hacían imposible descender



Bolsas de plástico en las cuales se metieron, con palas, los restos humanos encontrados en la bóveda tras la limpieza hecha por la familia en 2005

PRIMERA PARTE: La historia

La muerte de un caudillo

El hombre que iba a morir en Barranca Yaco no era un caudillo cualquiera. El territorio nacional ya los había tenido, muchos y variados, algunos fueron inteligentes y sagaces, otros, sólo violentos. Los hubo capaces e incapaces. Ni el federalismo era todo bueno de por sí, ni todos luchaban por su provincia, ya que realmente no existían como tales aún. A veces luchaban nada más que por sus tierras o por las de otro. Algunos querían un Estado Nacional fuerte con autonomías claras, otros no querían nada. Otros eran ellos o nadie. Ni siquiera la oposición era unívoca: los unitarios no eran homogéneos, Sarmiento no era Mitre ni éste era Alberdi. Fue Sarmiento con su Facundo quien, precisamente, construiría la imagen de la barbarie que llegó hasta hoy, haya o no existido en la realidad. Si gobernar con poderes únicos era ser unitario, si entronizar Buenos Aires como capital era ser unitario, entonces volvemos a la vieja discusión sobre qué era Rosas. Nada tiene sentido en una mirada en realidad tan simplista.

Facundo no era joven; había nacido en San Antonio, La Rioja, en 1788. Para 1817 era capitán de milicias, estaba casado y tenía cinco hijos. Durante la década de 1820 participó de innumerables peleas, trifulcas y batallas, suyas y ajenas. Su papel central consistía en controlar las minas de plata de Famatina para su provincia. Algunos lo alabaron y otros lo criticaron por ello, porque como sucedía en su tiempo, no estaban claros cuáles eran los intereses del Estado y del mundo de lo privado; no era su culpa, el mundo y la construcción de las naciones aun no lo había definido. Su enfrentamiento con Rivadavia era, en el fondo, una lucha de empresas e intereses económicos, en especial entre los años 1818 y 1831².

Ganó el poder de la provincia con sus tropas informales y perdió contra Paz con un ejército organizado. Sembró por donde pasaba amores y terrores, prestigio y desazón. La suya fue época de grandes luchas, grandes hombres

2. Rodolfo Ortega Peña y Luis Duhalde, Facundo y la montonera, Ediciones del pensamiento nacional, Buenos Aires, 1999 – Originalmente publicado por Plus Ultra en 1968.

y grandes pérdidas, pero si alguien había salido con la imagen del caudillo corajudo e indómito, ese fue, precisamente, Facundo³. Habían sido los años en que había estado en el poder, Gregorio de las Heras, y en los que Rivadavia y San Martín se habían ido a Europa –1824–: en donde veríamos las luchas entre aquel y Lamadrid, la nueva Constitución unitaria, los enfrentamientos que se desataron y el regreso con la toma del poder por parte de Rivadavia, para que Quiroga e Ibarra rechacen la nueva constitución y Rivadavia deba resignar dejando el poder a un viejo federal, a Manuel Dorrego. Va a ser el fin de la cruenta guerra contra Brasil, la separación del Uruguay, la conspiración de Lavalle y el asesinato de Dorrego. En cierta medida, el país había cambiado para 1835, y si bien las provincias del Litoral se federaban entre ellas y hasta se aliaban con la Córdoba de los hermanos Reinafé, la situación estaba mucho más tranquila que antes.



Asesinato de Quiroga en Barranca Yaco. Litografía de H. Bacle.

Tras las derrotas con Paz en Córdoba, Facundo se fue a Buenos Aires donde Juan Manuel de Rosas lo recibió abiertamente, sin hostilidades, como un aliado que regresaba a casa tras la derrota con su nombre en alto. Pero ya era un hombre cansado, padre de familia, un hombre rico y poderoso

3. Félix Luna, *Los caudillos*, 1966, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires.

pero disminuído por los dolores del reuma. Quizás el que se haya afeitado era un símbolo de esa nueva imagen que daría a partir de 1830: una persona que iba a trabajar por el reordenamiento de un país de manera pacífica, en búsqueda de una nueva Constitución. Cuál y cómo debía ser esa Constitución era también viejo tema de discusión...Pero Facundo ya no era el caudillo armado; los pintores le hicieron retratos que mostraban a un hombre cada vez más sereno, con ese cabello ensortijado que le daba un aspecto salvaje, altivo y desafiante, pero sin armas ni caballos, a diferencia de los grabados anteriores que mostraban a lo que creían que era un furioso maleante de campo. No, ese Facundo había dejado de ser. Tras su muerte se pondrá en evidencia la dimensión de sus bienes materiales, en su sucesión⁴ y en el lujo de la ropa y el dinero con que viajaba, todo lo que fue bien descrito en el juicio.

La imagen de Facundo era una, pero la que construyó la historia fue otra, mayúscula, y eso se lo debemos en buena medida a Sarmiento. Ese Sarmiento que quiso explicar el problema central de la Argentina a través de una metáfora, pero eligió mal su ejemplo: Facundo. Porque al hacerlo agigantó al infinito la figura del caudillo; lo transformó en héroe, en demonio y en Dios todopoderoso:

“Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo. Tú posees el secreto, ¡révelanoslo! Diez años aun después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: “¡No! ¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá! ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y y revoluciones argentinas”⁵.

4. Ernesto Fitte, Bienes sucesorios del Brigadier General Juan Facundo Quiroga, 1971, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

5. Domingo F. Sarmiento, Facundo (prólogo y notas de Alberto Palcos), 1962, ECA, Buenos Aires. Pág. 25.

Ejercicio interesante resulta ver las imágenes de Facundo, sea en cuadros, grabados o miniaturas y de cómo fue pasando de un desarrapado, casi un maleante, a un elegante militar, no por sus propios cambios si no por la manera de mirarlo, así se fue transformado ante los ojos de los demás a lo largo del tiempo.



*Imagen de un Facundo desaliñado, que da la sensación de sucio, de ladrón de caminos
(Museo Histórico Nacional)*



*Facundo sin barba, con patillas y bigotes y el pelo ensortijado; su poncho le daba aire de religioso
(Museo Histórico Nacional)*



*Cuadro mostrando a un Facundo desaliñado con chaqueta militar mal abrochada y el pelo largo
(Museo Histórico Nacional)*



Facundo con presencia militar aunque con poncho y barba (Museo Histórico Nacional)



Imagen de Facundo como Gran General, con charreteras y escudo al pecho, pintado por H. Bacle poco antes de su muerte (Museo de Luján)



Facundo, sin barba ni bigote, pintado por Pedro García del Molino en 1834 como gran héroe militar (Museo Histórico Nacional).

Los hechos de Barranca Yaco y su origen

Los acontecimientos que llevaron a Quiroga hacia el norte se produjeron en 1834 cuando la provincia de Jujuy se separó de Salta, en una de esas escisiones tan comunes en el país. Se iniciaron así una serie de batallas que culminaron con la muerte del gobernador de Salta. Esto en realidad le convenía a otro caudillo, Heredia, quien se transformó gracias a esa muerte en el gran señor del norte argentino. Por supuesto era un tema importante, se generaba una nueva provincia y se cambiaba la correlación de poderes en la región. Pero hasta ese momento las provincias se arreglaban sus asuntos entre ellos; sólo una mirada diferente, de escala nacional, podía entender que esta lucha podría generar problemas en la frontera con Bolivia y que toda lucha interior impedía construir una Nación como tal, incluso Federal.



*Imagen ecuestre de Quiroga, con lanza y sable en mano
(Museo Histórico Nacional)*

Quiroga, a pedido de Maza y con el empuje de Rosas, partió hacia allí en una fecha discutible (entre el 17 y el 19 de diciembre). Fue una decisión casi abrupta –para la época-, aunque dio tiempo suficiente como para mandar avisos a las provincias por las que iba a pasar. No era un secreto ni mucho menos, no intentaba serlo. Por supuesto que no era un viaje cómodo ni reconfortante para él, ya que Quiroga con sus 57 años a cuestas tenía fuertes dolores artríticos, en especial en la espalda, por lo que no le resultaba fácil ese tipo de travesías, por más que su transporte fuera de lo mejor que existía en el país. En realidad si la salida no hubiera sido tan rápida se hubiera suspendido, ya que al poco tiempo se enteraría, en pleno viaje, que todo había terminado en el norte y que la paz ya se había firmado tras la muerte del gobernador Pablo Latorre.

Pero Facundo no viajó solo, obviamente, aunque descartó el ser acompañado por una escolta militar. Este tema ha desatado mil escritos con las posiciones más diversas, lo concreto es que cuando Ibarra le escribió a Quiroga que había un plan para asesinarlo, éste le contestó: “quédese usted tranquilo señor Gobernador, no ha nacido todavía el hombre que se atreva a matar al general Quiroga”. Quizás ahí estuvo el gran error: sí, había nacido, pero pocos se habían dado cuenta. Era insignificante, no le daba el nivel intelectual ni el peso político para ser su enemigo aunque sí para matarlo a traición; una forma de matar que no era tan extraña en su tiempo. Sin duda esa soberbia fue el gran error. Sarmiento lo dijo con toda claridad: “con miras más elevadas habría sido digno rival de Quiroga, con sus vicios sólo alcanzó a ser su asesino”⁶.

Y decimos que fue una medida abrupta porque dejó temas sin tratar con Rosas y para completarlo, aquel le escribió una muy larga carta en la que planteaba el modelo de país que quería construir. La carta se la dictó a Antonino Reyes, su secretario, y la mandó con un chasqui que debía encontrar a Quiroga viajando. La carta llegó a manos de Facundo, la tenía con él cuando fue asesinado.

6. Domingo F. Sarmiento, Op. Cit., (1962), pág. 247.

Pero volviendo a los acompañantes, estaba en primer lugar su secretario privado, José Santos Ortiz, ex gobernador de San Luis, coronel del ejército y cuñado del abogado de Quiroga, el doctor Vélez Sarsfield, viajaban junto a él seis peones, un asistente, dos correos que aprovechaban el viaje, además de servir en las necesidades del viajero, y dos postillones (cocheros) de los que uno era sólo un niño aprendiz de su oficio. No era una gran comitiva pero era de prestancia, no era un viajero cualquiera ni pasaba desapercibido por los lujos y por tanta compañía, la que si bien no era una guardia, era muy superior a la de un viajero cualquiera.

Pero Quiroga había decidido hacer el viaje a la mayor velocidad posible para reducir las posibilidades de un ataque, lo que le fue por cierto bien a la ida, porque ya desde el inicio recibió avisos de que podía ser asaltado. El problema se planteó cuando le llegó, en pleno viaje, la noticia de la inutilidad de lo que hacía porque ya todo había terminado; allí decidió cambiar el recorrido y se fue a ver a J. F. Ibarra a Santiago del Estero donde recibió una carta de Federico Coret en que le contaba lo que habían preparado, su asesinato. Pero su obstinación sobre su invulnerabilidad fue constante a lo largo del recorrido, y así inició el regreso el 11 de febrero. En Posta del Ojo volvió a recibir advertencias a las que no les hizo caso. Se acercaba el fatídico 16 de febrero de 1835 en Barranca Yaco. Hubo una carta anterior de Tadeo Acuña, en la que le adelantaba que se planeaba matarlo. El texto fue escrito por quien además se presentó ante Rosas para decírselo personalmente en Cañuelas. Sabemos que Quiroga estaba enemistado con los Reinafé⁷, debido a la revolución que Ruiz Huidobro, leal amigo y consuegro de Quiroga había hecho en contra de los hermanos cordobeses. La revuelta había fracasado pero los Reinafé mascullaron su resentimiento.

Aparentemente habían existido dos intentos fallidos durante el viaje de ida. El tercer intento, cuando Quiroga volvía a Buenos Aires fue el definitivo.

7. Pedro De Paoli, Facundo: Vida del brigadier general don Juan Facundo Quiroga, víctima suprema de la impostura, 1960, Editorial Ciorda, Buenos Aires; le da gran importancia a esta carta.



Sitio en Barranca Yaco con los monumentos y cruces en donde la tradición considera que fue el asalto. (foto Amalia Alfonsín).



Monumento a Facundo y las cruces de los supuestos entierros (foto Amalia Alfonsín).



Monumento al absurdo: placa tras placa han sido robadas, y se siguen colocando nuevas en un monolito cada vez más alterado (foto Amalia Alfonsín).

No queremos entrar en la narración de los sucesos concretos que antecedieron a la muerte de Quiroga, pero sí es cierto que hubo un primer intento frustrado porque no se encontró quien lo llevase a cabo. En forma muy sintética, Francisco y José Antonio Reinafé intentaron convencer a Rafael Cabanillas para que perpetrase el atentado. A tal fin le dieron tres cartas: una para el comandante de Tulumba –su hermano Guillermo Reinafé–, otra para el capitán Santos Pérez y otra para Juan Vicente Bustamante. Pero Cabanillas desistió aunque su decisión lo llevó a enfrentar la ira de la familia en el poder. Quizás el tercer intento también hubiese fracasado de no haber parado Quiroga a descansar un par de días en Fiambalá; si hubiese seguido a la velocidad que iba, seguramente sus asesinos hubiesen llegado nuevamente tarde. Es más,

en Santiago del Estero recibió una carta del propio coronel Reinafé diciéndole, en tono poco amistoso, que había pasado por la provincia sin detenerse a saludarlo, lo que consideraba una ofensa. Esta maniobra fue vista como un intento de atrasar el viaje. Incluso en el camino, alguien le previno a Ortiz sobre lo que se planeaba, advertencia que Quiroga desestimó. Lo mismo le sucedió en la posta Intihuasi donde le dijeron que Santos Pérez lo esperaba en Barranca Yaco. Incluso había recibido cartas de la viuda del general Villafañe donde le decía que tenía en su poder escritos comprometedores de los Reinafé. La señora Villafañe le recomendaba que se cuidara. Quiroga, con su soberbia habitual le respondió por escrito que “a mi paso por Córdoba lo veré. Vamos a ver si es tan malo como lo pintan”⁸. En el camino se sumó a la comitiva otro correo, José María Luejes, en la localidad de Macha.

Pero la suerte estaba echada, Santos Pérez y sus tropas informales habían sido contratadas para emboscarlo en un monte en el Camino Real en la provincia de Córdoba, llamado Barranca Yaco. Era un despoblado donde podían esconderse con sus cabalgaduras. Al llegar el carruaje y la comitiva, lo enfrentan y detienen. Un primer disparo a la cabeza de Facundo lo mata aunque luego fue degollado. Ortiz fue asesinado junto a los demás. Algunos fueron llevados dentro del monte para salir de la vista; los baúles fueron abiertos y hasta la ropa interior, robada y repartida entre los asesinos. Los caballos al parecer fueron dejados sueltos, al menos varios de ellos. Luego la partida se fue a la posta más cercana y siguieron circulando juntos hasta que en Los Timotes cada cual tomó caminos distintos.

Lo que no contaban era que dos de los viajeros, el correo Luis Marín y un esclavo, se habían quedado atrás rezagados y que del susto, al oír tiros, se escondieron y presenciaron el asalto. De inmediato se dirigieron a Sinsacate, a avisar lo sucedido⁹. Allí, el estanciero, dueño de la posta y juez de paz, envió una partida a averiguar que sucedía, y encontró el cadáver de Quiroga al que llevó a Sinsacate. A partir de entonces se hicieron las primeras diligencias, informes, se avisó a Córdoba y comenzaron con búsqueda de datos y pistas para dilucidar lo acontecido, todo lo que luego discutiremos.

8. Pedro De Paoli, op. Cit (1960), pág. 298

9. José R. Varela, El correo de la tragedia de Barranca Yaco, 1983, Filatélicas, no. 6, pp. 79-84, Buenos Aires.

Recordemos quiénes eran estos Reinafé: una familia lugareña que había logrado cierto renombre y fortuna de distintas formas, no siempre legales. José Vicente era en ese momento gobernador, su nombre original era Queenfaith pero el padre de estos hermanos ya lo había cambiado por el castizo Reinafé. José Vicente había logrado cierto prestigio al capturar al general Paz. Tenía una larga carrera militar y para algunos fue cómplice sólo por dejar hacer sin oponerse a su familia.

Francisco era el cerebro y espada del clan, era coronel y prácticamente controlaba la frontera norte; José Antonio era el intelectual de la familia¹⁰, comerciante y político. Guillermo era también militar y estaba a cargo del cantón de Tulumba. Es decir, entre todos tenían un enorme poder, pero era el poder en una isla, y la Argentina estaba dejando de ser una confederación de islas. Quizás no lo veían, pero lentamente se estaba construyendo una Nación.

Es por todo esto que las órdenes de búsqueda no fueron claras, por razones obvias; José Vicente Reinafé estaba de licencia –casualidad mediante- y había delegado el poder en Domingo de Aguirre; éste fue quien, rápidamente, había mandado a dos personas (Rojas y Moyano), a un escribano (Antonio Glasas) y un médico (Gordon) hasta el lugar, y le encomendaron a Guillermo Reinafé, en Tulumba, que hiciera el rastreo de los sospechosos.

Los sucesos se fueron acelerando y el 7 de marzo, Ibarra le mandó a Rosas una queja formal por la inoperancia de las actuaciones, denunciando a Santos Pérez de manera concreta. Sostenía que el atentado ya había sido organizado para el viaje de ida y que Cabanillas, al recibir la orden, se negó a hacerlo por lo que había sido destituido de su cargo. Concretamente pedía que fuera juzgado Santos Pérez y reflexionaba acerca de la “fatal confianza (de Quiroga), que ha de costar lágrimas eternas”.

La primera indagatoria a Pérez fue el 24 de marzo. No tiene sentido entrar a detallar todo lo sucedido de inmediato porque creo que ya esto fue discutido en exceso y hasta la literatura y el cine lo han ficcionado y reconstruido. Lo concreto para nosotros es que el atentado fue ese fatídico 16 de febrero. A partir de allí se desató un verdadero pandemonio, muy complejo de reconstruir

10. Jorge Newton, Francisco Reinafé, el promotor de Barranca Yaco, 1974, Plus Ultra, Buenos Aires.

aunque sobran datos para ello. Comenzaron a aparecer los objetos robados y papeles diversos, como el baúl y una tercerola que nadie había citado. Surgen varias declaraciones que muestran que mucha más gente de lo pensado estaba al tanto del asunto y que los asesinos actuaron con tanta libertad que hablaron de los hechos con todo el que se les cruzó.

El 2 de septiembre de 1835 declaró ante la justicia Mariano Barrionuevo, quien ya estaba preso, diciendo que Santos Pérez lo había llamado quince días antes del crimen, que le había suministrado las armas, que eran “como trece individuos” aunque luego llegaron “otros”, que estuvo en el ataque, que asesinaron a ocho personas, que soltaron a los caballos, movieron la galera y los cadáveres¹¹. Más allá de imaginar que muchos debieron declarar bajo torturas o presiones infernales, fue tanta la gente que coincidió en los hechos que la causa ya resultaba imposible de discutir.

Otra declaración que pasó desapercibida aunque pudo haber cambiado muchas cosas, fue la de Anacleta Barbosa, mujer de unos 25 años quien fuera la primera en denunciar todo el tema. Como nadie le prestaba atención, al mes del suceso fue a Córdoba donde contó todo lo sucedido, describió la muerte del niño que acompañaba al conductor de la galera, la de Quiroga con dos disparos de “arma corta” y señaló a varios de los componentes del grupo. Para su desgracia, Vicente Reinafé la puso presa por mentirosa y la envió a Tumbupa. Allí, Santos Pérez le hizo llegar cinco pesos y la ropa de su marido asesinado.

También se supo que Pérez había matado a sangre fría a uno de sus propios compañeros porque se había negado a degollar al postillón por ser un niño, era menester que no quedaran testigos vivos. Curiosamente, ni siquiera hacen la cuenta de los muertos, porque en ese caso hubiesen notado la falta de dos de ellos, el correo Marín y un esclavo que presenciaron los sucesos. Este detalle mostraba el nivel intelectual de esta gente.

La voz de que el culpable era Santos Pérez y de que la orden provenía de la familia de los Reinafé corrió de inmediato, con o sin pruebas, fue repetida una y mil veces. Pero los Reinafé eran un grupo influyente y uno de

11. Para este capítulo usamos un documento excepcional, el de la causa misma, que ha sido revisado y transcrito parcialmente por Martín Carrasco Quintana, 2004, *Como se mata un caudillo*; papeles de Barranca Yaco, El Calafate Editor, Buenos Aires; es un documento de valor incalculable ya que ayuda en datos concretos que de otra manera la bibliografía nunca detalló. Agradecemos al autor.

los hermanos era el mismísimo gobernador. Eran casi intocables, al grado que el propio Rosas, de manera personal y actuando en su contra de manera inconsulta y hasta arbitraria –tuviera o no razón–, decidió cerrar la provincia de Córdoba hasta que se aclarara el asunto y que se entregaran los culpables. No había aún un juicio que probara la culpabilidad de los acusados, pero eran tantos los que sabían de los sucesos y se había hecho tan abiertamente, que no existían muchas dudas sobre la mano ejecutora y quien fue el que lo ideó y financió; si por detrás había más implicados e instigadores, ya dijimos que es tarde para elucubrar sobre ello. El general Paz acusó a Estanislao López y a Rosas. Otros, hasta implicaron a los unitarios y a los ingleses. En definitiva hubo para todos los gustos.

Departamento de Córdoba

Se ha tenido al Sr. Don Sixto Casanovas como posesionario de las siguientes fincas:

Casas de: Don Sixto Casanovas
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Finca de San Juan

Por el Sr. Don Sixto Casanovas
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Se ha tenido al Sr. Don Sixto Casanovas como posesionario de las siguientes fincas:

Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Finca de San Juan

Por el Sr. Don Sixto Casanovas
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Se ha tenido al Sr. Don Sixto Casanovas como posesionario de las siguientes fincas:

Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Se ha tenido al Sr. Don Sixto Casanovas como posesionario de las siguientes fincas:

Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos
 Doña Juana de los Ríos

Lista hecha por la policía de Córdoba con los bienes de Quiroga requisados por Sixto Casanovas o que estaban en manos de Santos Pérez. (De Fitté 1971)

Para el mes de octubre, Heredia, que había hecho sus propias averiguaciones y tomado cartas en el asunto, capturó a Juan Antonio Reinafé y a un esclavo llamado Simón “en suelo santiaguense”. En realidad y en una acción que realmente pudo haber tenido repercusión internacional, lo había mandado a capturar en Bolivia, cerca de Antofagasta, donde fue secuestrado y traído ilegalmente, cosa que después pretendió disfrazarse de legalidad. Por supuesto a Bolivia no le preocupó mucho el tema.

Francisco fue el único que logró escaparse a Montevideo. Moriría poco después, con el desprecio total de los unitarios, durante la batalla de Cayastá, al arrojarse al río y ahogarse tratando de cruzar a nado.

Para esa fecha aparecieron el reloj de oro con el nombre de Quiroga, un yesquero también de oro y las pistolas que llevaba. Algunos de los involucrados se estaban desprendiendo de las evidencias materiales sin importarles su valor. No eran tiempos de mostrar orgullosos sus trofeos del saqueo. El 12 de febrero de 1836 Pedro Nolasco Rodríguez había reemplazado a José Vicente Reinafé como gobernador, elegido por asamblea y él fue quien mandó capturar a todos los responsables del crimen. Algunos personajes involucrados habían actuado de forma absurda, por ejemplo: Juan P. García, quien se había llevado del ataque 200 pesos, –mucho dinero para su tiempo–, que entregó a su novia sin tener en cuenta la fortuna que era, tal como declaró por intermedio de su abogado “robó una cantidad que bien podría ser esa, pero no puede asegurarlo porque no sabe descifrar los números de los billetes”¹².

Nolasco Rodríguez quien ordenó la captura de José Vicente, Francisco y los miembros de la partida, mandó a aprehender también a Guillermo.

Santos Pérez, que había huido hacia los montes, terminó acorralado y entregándose.

En marzo se procedió a enviar todo el expediente criminal a Buenos Aires, que Rosas recibió el 22 de ese mes, acompañado con sesenta prisioneros engrillados incluido al propio Santos Pérez. A partir de ahí, con sus declaraciones, sus abogados y con Maza como juez, surgirían temas cada vez más interesantes. Obviamente, Santos Pérez declaró

12. Martín Carrasco Quintana, Op. Cit (2004), pág. 72

entre los primeros; era iletrado y desconocía su propia edad (cercana a los treinta años). Dijo que había intentado atacarlos en el Monte de San Pedro, en el viaje de ida, que en Tulumba recibió 700 pesos, armas y municiones, que en el acto robó 382 pesos, además de monedas de oro de cuatro y ocho reales, se quedó con el reloj y el yesquero del que luego se desprendió. Dijo además haberle entregado a su hermano Guillermo, ropa, alhajas, onzas de oro y todos los papeles. Declaró que fue él quien dio la orden de “despenar” a Quiroga, lo que perpetró Basilio Márquez con un cuchillo en la garganta, que al menos “hachó” a otro, que todos robaron cosas y que había “una cajita con siete navajas de barba y un estuche con tres cortaplumas”, lo que muestra el nivel social de Quiroga y el lujo en el que se movía. También indicó que uno de los acusados robó un billete de mil pesos, una fortuna en su tiempo.



*Rancho en que vivía Santos Pérez cuando los sucesos de Barranca Yaco en una foto del siglo XIX
(Museo Histórico Nacional)*

Resulta llamativo que en ese expediente se haya adjuntado el anónimo que recibiera Quiroga avisándole que lo trataban de matar; en una carta escrita con excelente letra, fechada el 30 de diciembre de 1834, hacía mención del atentado que en realidad se frustró en el viaje de ida. Esto probaba en demasía lo que Facundo sabía sobre su proyectado ataque. No eran sólo historias contadas; era concreto y real.

Es más, se encontró en el archivo y se anexó a éste, que el 21 de octubre de 1835 José Vicente Reinafé ya sabía que el responsable era Santos Pérez, lo que él debe haber escrito posiblemente cuando la captura de su hermano Juan Antonio en Bolivia. Ante la posibilidad de una confesión por parte de éste, José Vicente decidió escribir lo que todos sabían.

En el mes de noviembre tres de los encausados lograron escaparse de la cárcel del Cabildo. El 10 de diciembre se recibieron los papeles de Santos Ortiz y la viuda de Facundo, Dolores Fernández, retiró las pertenencias de su marido.

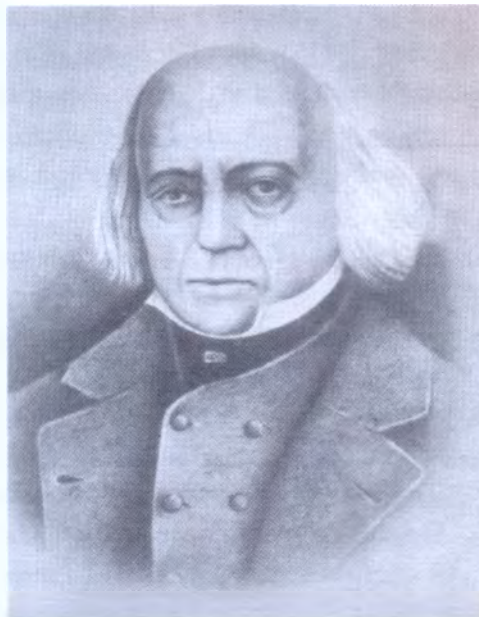
El juicio y sus documentos son realmente una cantera de información y que describen todos los sucesos desde diferentes puntos de vista, que van desde anécdotas tales como que cuando fue capturado Santos Pérez, tenía en sus tiradores la cadena con sellos de Facundo, o que las autoridades de Córdoba (Reinafé, al fin y al cabo) tardaron cinco días en avisar a Buenos Aires oficialmente de los sucesos, y que su reemplazante como gobernador demoró mes y medio en informar de los resultados de las pesquisas. Fueron evidentes los ocultamientos y la ineficacia con que se manejó todo el asunto.

Rosas declaró que todos los hermanos “están borrados de la lista de argentinos de probidad y honor”, pidiendo la dimisión de sus cargos y conminándolos a entregarse.

La decisión estaba tomada y el juez ya había prejuzgado, con o sin razón.

Mientras tanto el juicio siguió y fue aclarando algunos puntos, incluso varios encausados quedaron libres, aunque quedó claro que las condiciones de encierro eran no sólo severas sino terroríficas. El 7 de junio de 1836 se ordenó la venta de todos los bienes, tanto de los Reinafé como los de Santos Pérez y sus cómplices¹³.

13. Todos los bienes fueron adquiridos en subasta pública por Lezama, que con ellos cimentó su fortuna a punto tal de comprar la casa que hoy es el Museo Histórico Nacional. Su esposa después vendió el predio por un peso a la Municipalidad de Buenos Aires.



José Vicente Reinafé (Museo Histórico Nacional)

La sentencia final, que consta de 1700 hojas, fue dada el 27 de mayo de 1837 y firmada por Juan Manuel de Rosas; el 25 de octubre fueron fusilados los Reinafé: José Antonio, José Vicente y Guillermo; Santos Pérez, Feliciano y Marcelo Figueroa, Cesáreo y Francisco Peralta; Basilio, Mateo y Marcelo Márquez; Fermín Flores y Juan Manuel y Solano Suárez. Los Reinafé y Santos Pérez fueron exhibidos muertos colgados frente al Cabildo, como era común en su tiempo.

En total fueron treinta y dos los condenados a muerte, ocho tuvieron presidio con grillos por diez años y de los veintiocho colaboradores fueron sorteados y diecisiete de ellos recibieron pena de muerte, los otros cinco fueron a destierro y cuatro tuvieron destinos diversos. Quedaron libres once.

Este fue el final de uno de los juicios más sonados de nuestra historia en donde se tocaron varios temas que luego serían fundamentales para la justicia. Primero, el que la condena no fue dictada por el juez sino por el poder político, quien había hecho pública su decisión antes del juicio mismo, es decir hubo prejujuicio.

En segundo lugar, no se les dieron a los acusados todos sus derechos y lo que sin duda fue lo más importante desde una mirada actual, es que Santos Pérez se haya acogido a lo que hoy llamamos “obediencia debida”.

Esto merece un párrafo aparte, a la luz de la realidad de los últimos años en que los militares de la última dictadura hicieron lo mismo logrando un decreto al respecto. No era ni es un tema nuevo, el Juicio de Nuremberg lo puso en el estrado ya hace tiempo. Pérez alegó de entrada que él hizo lo que le mandó a hacer su jefe, siguiendo órdenes directas y escritas de su superior. Y que emboscar y matar era práctica habitual en todos los ejércitos de su tiempo. Fue el primer militar argentino en asumir esa postura inmoral, aunque por cierto, gran parte de los miembros de la partida eran del regimiento de Dragones. La discusión no fue sencilla y la negación de ese derecho, si es que existe, va por dos caminos: que nadie tiene que obedecer órdenes antinaturales o absurdas, y que el evento, aunque hayan participado algunas tropas regulares, era un hecho de carácter personal y no oficial. Algo semejante argumentaron los mazorqueros Badía, Cuitiño, Troncoso y Alen cuando fueron juzgados después de Caseros.

La historia, después de eso, siguió su marcha. Si eran o no todos los culpables, si había una confabulación mayor, no lo sabemos y podemos especular inútilmente. Tras la muerte de Facundo, el 7 de marzo de 1835 hubo elecciones entre Viamonte y Rosas, las que ganó éste último. El 13 de abril asumió como gobernador.

Ahí comienza una nueva historia, para algunos de barbarie en el poder, para otros de inicio de la construcción de la nacionalidad a través de un poder central, (y absolutista, sin duda), en que se establecieron principios de autoridad que desde el Antiguo Régimen no se veían. Rosas juzgó a sus pares y fusiló gobernadores, pero estableció un proyecto de país, proyecto del que Quiroga fue parte al final de su vida y quedó expuesto en la carta que Rosas le mandó apenas salido de su último viaje.

Dicen que Santos Pérez culpó a Rosas de la muerte de Quiroga poco antes de morir. ¿Es sólo parte de la leyenda? ¿Fue la venganza póstuma de Santos Pérez o sólo es otro mito historiográfico inventado por los enemigos del restaurador? Cada uno juzgue según sus pareceres.

Félix Luna escribió:

“¿Quién entonces? El enigma subsiste. Probablemente no se devele jamás. Será una de las tantas sombras que contrastan la vida y la figura de Facundo. Tal vez sean estos claroscuros los que han hecho del caudillo riojano un preferido poblador de leyendas y coplas, mito popular que no cesa. O realidad para no pocos”¹⁴.

14. Félix Luna, *Los caudillos*, 1966, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, pág. 137.

La Posta de Sinsacate

Una vez informado el juez de Paz, de la posta y poblado de Sinsacate, Pedro Luis Figueroa, por lo declarado por el correo Marín y su acompañante, posiblemente él mismo salió de inmediato a buscar el cadáver de Quiroga, como ya contamos, y a tomar los primeros recaudos. Nos imaginamos que al menos debió estar aterrorizado: era el joven juez de paz de un poblado ínfimo donde nada pasaba más allá de una trifulca por naipes, que se enfrentaba nada menos que a la muerte de Facundo. Se organizó una partida que halló efectivamente los cadáveres de Quiroga y su secretario –para algunos también de Luejes-, y los trasladó. Son muy pocos los datos concretos: no consta qué hicieron con los otros cadáveres que quedaron hasta el día siguiente en que los encontraría una nueva partida, ni con el carruaje, ni con los objetos que seguramente debía haber dispersos en la zona. Es evidente que la prioridad era recuperar el cadáver de Quiroga para trasladarlo a la estancia, capilla y posta local. Tengamos en cuenta que si bien los cadáveres quedaron expuestos un único día a la lluvia primero, y al calor de la zona en febrero después, ya debían estar descompuestos y mordidos por los animales. Pero el juez, que recordemos tenía 29 años, escribió una nota a Córdoba informando lo sucedido, aunque para el expediente se demoró demasiado, ya que ésta salió el día 19 de febrero por la noche, cuando desde el 17 ya se sabía de lo acontecido en la capital provincial:

“Hoy día de la fecha, a las cinco de la tarde, tuve aviso de un correo extraordinario D. Agustín Marín que regresaba, cómo una partida de gente incógnita había asaltado una galera: inmediatamente mandé al reconocimiento de lo acaecido y se encontró en el suelo un cadáver, y reconociéndolo se halló ser del señor General Quiroga, el que hice conducir a ésta en donde existe hasta que Su Excelencia disponga lo que sea conveniente”.

Suena raro este parte ya que al llegar, haya o no ido él en persona -siempre usa la tercera persona en el texto-, sólo parecen haber encontrado el cadáver de Quiroga y ni vieron a los otros. Pero por otra parte los datos nos dicen que trajo a Ortiz y a Luejes a quienes mandó directamente a enterrar en la capilla. Es cierto que Quiroga era el personaje más importante, pero una carnicería de ese tamaño ocurrida sólo horas antes –hay poco más de diez kilómetros entre un sitio y otro-, no era para no citar a los demás, y el secretario no era un personaje menor. Para algunos fue recién al día siguiente en que se ubicaron los otros cadáveres “salvo uno entre ellos, todos los demás habían sido degollados. Casi todos desnudos y sólo alguno a medias cubierto”¹⁵.

Tiempo más tarde, la esposa de Ortiz, Inés Vélez Sarsfield, pidió también el cadáver del marido para ser llevado a Mendoza , donde permanece hasta hoy en día en el Cementerio Central.



Cruz de madera que se supone que fue colocada sobre el cuerpo de Facundo mientras estaba en Sinsacate. Si bien falta la imagen de Cristo, el agujero de un clavo cuadrado hace factible la fecha (de Gálvez 1974)

15. María Cárdenas de Monner Sanz, Juan Facundo Quiroga: otra civilización, 2004, Librería Histórica, Buenos Aires.

Dijimos que rápidamente llegó al lugar el correo Marín que se había salvado, junto con “el sirviente de Ortiz”¹⁶, para contar lo sucedido. Y declararon que “el suceso aconteció a media legua de Barranca Yaco y como a dos y media distantes de esta parada”; la ubicación que dan parece ser muy exacta, pero imaginemos la conmoción y el caos que debió causar, en lo que no era más que una posta, un suceso de esta envergadura y por eso nadie se preocupó por tomar una descripción detallada del lugar exacto en esa geografía gigantesca. Una cuadra más o menos no era significativa. Por eso, quizás la historia de ese primer reconocimiento es sencilla: encontraron el sitio, corrieron a avisar al juez y éste a informar a sus superiores sobre Quiroga y recién al día siguiente se empezaron a preocupar por los demás cadáveres. El 17, el juez envió un nuevo rastillaje con el que hallaron, ahora sí, nueve cadáveres en total: porque tres ya habían sido traídos y dos se salvaron, eran ocho los que quedaban más el que fue muerto por Pérez por no querer asesinar al niño.

¿Esto quiere decir que quedaron los cadáveres al aire libre, junto a algunos caballos y el carruaje?, ¿cuándo, por quién y dónde fueron enterrados?, ¿quién se llevaría el carro –total o parcialmente-, los aperos y las demás cosas? Para algunos fueron enterrados en el lugar mismo, para otros fueron llevados al sitio actual al borde del camino –el actual porque no sabemos si coincide con el antiguo- y allí están las cruces que lo indican. Para otros no hay dato concreto alguno y queda el interrogante abierto sobre el sitio exacto que deberá descubrirlo la arqueología, ya que los cadáveres no estaban donde se produjo el atentado sino que fueron llevados al monte para degollarlos¹⁷. En algunos casos se habla al menos de dos cuadras y media, medida que no queda claro si es nuestra cuadra urbana o la medida rural de la época (140 varas). Posiblemente los caballos muertos quedaron allí hasta pudrirse, aunque el maestro de la posta de Ojo de Agua declaró que hubo algunos que volvieron solos. El expediente, en su inicio habla acerca de los cadáveres que estaban “a dos cuadras del camino”. También se habla de que el carruaje -al igual que los cadáveres- fueron movidos al monte desde el Camino Real.

16. Sobre este empleado de correos hay una interesante biografía: José R. Varela, *El correo de la tragedia de Barranca Yaco*, 1983, *Filatélicas*, no. 6, pp. 79-84, Buenos Aires.

17. En esto insisten casi todos los autores reconocidos.

El otro evento, que no fue menor para el juez local, fue que el día 19 llegó a Sinsacate, Santos Pérez, con veinte hombres armados y Francisco Suárez con otros diez. Esto no pudo haber pasado desapercibido, ya que esa cantidad de gente era inusitada en el sitio y todas eran personas conocidas. En ese momento estaban al tanto de los sucesos y supuestamente indicaron que estaban buscando a los culpables. Demás está decir que no encontraron nada.

También sabemos que en la posta, el doctor Enrique Mackey Gordon, llegado con el escribano desde Córdoba, hizo las primeras acciones materiales sobre el cadáver: lo “lava prolijamente con vinagre, le coloca en un cajón enviado por el gobierno, le cubre de polvo de cal”. No hay duda que este tratamiento que hoy puede parecer raro, es razonable y es lo que era factible hacer en el lugar y tiempo: lavarlo con el ácido más fuerte que tenían (acético) y cubrirlo con cal para desinfectar y evitar la continuidad del proceso de putrefacción, al menos para que pudiera ser reconocido. Lo que llama la atención es que para todo eso, o lo hicieron y luego esperaron, o llevó tiempo hacerlo como para que el gobierno enviara un cajón. ¿Por qué no hubo cajón para Ortiz?

El informe de la autopsia inicial decía que Quiroga tenía un impacto de bala que había producido una abertura en el ojo izquierdo, que había traspasado el cráneo fracturando el occipital por el mismo lado y que presentaba evidencias de “heridas en la garganta”. Y seguía diciendo que la primera de las heridas era de bala, la segunda fue hecha “por un palo o elemento similar, redondeado y la tercera por un arma de punta afilada”. Las dos primeras fueron heridas mortales y la tercera la considera “inútil”. Gordon también peritó a Ortiz y a Luejes, lo que demuestra que ellos estaban allí y no habían sido enterrados de apuro. El notario certificó la presencia de tres balas en el exterior de la carreta y una en el interior. El expediente del juicio, en la declaratoria del joven Marín, indicaría, al menos una vez, que el cadáver de Facundo fue puesto en un ataúd “rústico” hecho en el lugar y que Luejes permanecía en Barranca Yaco¹⁸.

Después de todo eso, el capitán Calixto Castellanos escoltó con un grupo de veinticinco hombres el traslado del cajón con el cuerpo de Quiroga, a la ciudad de Córdoba. El cadáver fue trasladado entre piedras con el sol encima, y debió llegar totalmente deteriorado, si ya no lo estaba. Si bien hay quien creyó

18. Martín Carrasco Quintana, *Como se mata un caudillo: papeles de Barranca Yaco*, 2004, El Calafate Editor, Buenos Aires, pág. 82

que el cadáver fue reducido¹⁹ allí mismo, lo dudo mucho, nadie debió siquiera animarse a un tratamiento semejante, al margen de que hubiera quedado asentado. A partir de aquí, la manipulación de lo que hubiera quedado del cadáver comienza a perderse.



La Posta de Sinsacate (fotos de Amalia Alfonsín)

19. Es el proceso de retirar la carne de los huesos dejando sólo éstos dentro de una urna.

El viaje y entierro en Córdoba

El cortejo fúnebre llegó el mismo 17 de febrero, y fue recibido por las autoridades que respondían a los Reinafé, quienes lo destinaron a ser enterrado en el Cementerio de los Canónigos de la Catedral. Era un honor recibir sepultura en un sitio tan especial aunque no estuviera dentro de la Catedral. Hoy el lugar ha desaparecido bajo la calle Santa Catalina que separa la catedral del Cabildo, “en el costado norte, al pie de una higuera que, con su tronco hueco y sus escuálidas ramas aún existe”. Traído por la delegación desde Sinsacate, “el gobernador se adelanta a recibir los restos conducidos a pulso. Las cintas de terciopelo negro pendientes del féretro son llevadas en sus manos por los altos dignatarios del Estado” según narra Carcano. Sarmiento dijo que: “las autoridades civiles tomaron el féretro y lo condujeron hasta el túmulo y los sagrados oficios, con lentitud agobiante, se verificaron en silencio, sin música de órgano”. Si esas mismas autoridades habían sido las que lo habían mandado matar y luego murieron por eso, resulta una anécdota interesante. Los datos se cruzan y parecería que fue realmente enterrado el día 18 según el Acta de Inhumación de la Catedral.

Por otra parte era un poco rápido para que ya hubiera cintas de terciopelo negro y todo ese aparato oficial listo, pero todo era posible. Allí permanecería Facundo, descansando por casi un año bajo tierra, suponemos que en el mismo ataúd, ya que el que le hicieron en Sinsacate había sido descartado (¿y qué pasó con él?); desconocemos que tipo de cruz o inscripción tuvo encima, si la tuvo y si es la tradicionalmente aceptada, aunque se carece de pruebas, que estaba hecha de madera. Pero las correrías de sus huesos aún no habían terminado, por el contrario recién comenzaban.

Existe en la Catedral de Córdoba un aviso del gobernador delegado del obispo Domingo P. Aguirre, en donde informa el asunto y un acta de inhumación, ambas del 17 de febrero, a diferencia del Acta. Dicen:

Córdoba, febrero 17 (corregido) de 1835

Señor Provincial (...) General y Gobernador del Obispado,

El Gobernador Delegado que suscribe, habiendo tenido la infausta noticia que el excelentísimo General Don Juan Facundo Quiroga ha sido

muerto a distancia de 18 leguas poco más o menos de esta capital, ha determinado que su cuerpo sea conducido a ésta para enterrarlo con la pompa y funerales que correspondan a su alta categoría: a cuyo efecto Usted tendrá a bien ordenar concurran los Sres. Canónigos, todo el clero secular y regular, y dictar lo demás que sea preciso a este aspecto previniendo que su entierro debería ser en la Santa Iglesia Catedral

Dios guarde a Vuestra Santísima Autoridad

Domingo P. Aguirre

El oficial de la Secretaría del Excelentísimo

Dionisio Centeno²⁰

077. 1848. 10

M. P. Sr. V. S. J. del Obispo de Córdoba

Yo, Sr. Obispo de Córdoba, habiendo tenido presente la instancia que el Sr. Don D. Manuel Quiroga ha sido muerto a distancia de 18 leguas poco más o menos de esta Capital, ha determinado que su cuerpo sea conducido a esta para enterrarlo con la pompa y funerales que correspondan a su alta categoría: a cuyo efecto V. S. J. debe ordenar concurran los Canónigos, todo el clero secular y regular, y dictar lo demás que sea preciso a este respecto previniendo que su entierro debería ser en la Santa Iglesia Catedral.

Dios guarde a V. S. J.

Don P. Aguirre

El oficial de la Secretaría del Excmo.

Dionisio Centeno



Carta de la iglesia para inhumar a Quiroga en Córdoba.

20. Legajo 39 del Tomo 2.

El Acta de Inhumación levantada durante el entierro:

En el año del Señor de mil ochocientos treinta y cinco, a diez y ocho de febrero de licencia del Cura Rector Interino Don Juan José Gregorio Patiño, el dicho Don Juan José (...) Espinosa, dignidad de Deán de esta Santa iglesia catedral y sepultó, con oficio mayor solemne de gracia, el cadáver del señor Brigadier General Don Juan Facundo Quiroga, esposo que fue de la señora doña María Dolores Argañaraz y Fernández, en el cementerio de dicha Santa iglesia catedral de Córdoba, ambos vecinos de Los Sauces, jurisdicción de la Provincia de La Rioja, fue asesinado violentamente en el lugar de Barranca Llaco, junto a la estancia de Chinsacate, curato de Tulumba, de a donde se condujo el cadáver para su sepultamiento en el cementerio de dicha Santa iglesia catedral; se conjetura, que fue invadido, y muerto violentamente dos días antes de esta fecha, y lo firmo yo, el Cura Rector Propietario más antiguo.

Don Juan Antonio López Crespo²¹

En el año del Señor de mil ochocientos treinta y cinco, a diez y ocho de febrero de licencia del Cura Rector Interino -
Don D^o Juan Gregorio Patiño, el M^o Don Juan José Espinosa, dignidad de Deán de esta Sta. Iglesia Catedral y
sepultó, con oficio mayor solemne de gracia, el Cadáver del Señor Brigadier General Don Juan Facundo Quiroga, esposo que fue de la Señora D^a María Dolores Argañaraz y Fernández, en el sepulcromentorio de dicha Santa Iglesia Catedral de Córdoba, ambos vecinos de Los Sauces, jurisdicción de la Provincia de La Rioja, fue asesinado violentamente en el lugar de Barranca Llaco, junto a la Estancia de Chinsacate Curato de Tulumba, de a donde se condujo el cadáver para su sepultamiento en el cementerio de dicha Sta. Iglesia Catedral; se conjetura, que fue invadido, y muerto violentamente dos días antes de esta fecha, y lo firmo yo el Cura Rector Propietario más antiguo.

Don Juan Antonio López Crespo

Certificado de inhumación de Quiroga en Córdoba.

21. Libro de Defunciones de la Parroquia Catedral, foja 300.

El 5 de febrero del año siguiente y a solicitud de la viuda de Quiroga, Rosas decidió que fuera exhumado para llevar el cuerpo del caudillo a Buenos Aires e inhumarlo en la iglesia de San Francisco. Ella había sido oficialmente informada el 6 de marzo anterior, absurdamente tres días después de haberse decretado los honores para su traslado y cuatro del anuncio oficial de la muerte de Facundo.

Para su traslado a Buenos Aires, Rosas dictó un decreto que llevó a que se sacaran los restos en Córdoba, se abriera el cajón -¿para qué? nos preguntamos hoy-, y “se limpiaran con alcohol, desinfectaran y perfumaran”. Esto último ya suena ridículo: tras un año bajo tierra y todo lo hecho en Sinsacate, hacerlo con lo que quedara no parece muy razonable, más aún para colocarlo nuevamente en el mismo cajón (u otro) y enviarlo en un largo viaje a Buenos Aires.

¿Se cambió el cajón? ¿Se lo puso en una urna más chica? Lo desconocemos ¿Qué quedaba del Tigre de los Llanos? ¿Hueso, restos de tejido? No está especificado. Sí sabemos que llegó desde Córdoba a Buenos Aires “un coche encarnado tirado por cuatro caballos con tiros, testeras y colleras encarnadas”, serían 650 kilómetros de sacudidas.

Pero a todo esto, hay un documento interesante en el expediente de la causa, una declaración hecha por José A. Sánchez, quien estaba prisionero pese a ser abogado y sacerdote, acusado de connivencia con Reinafé en el gobierno y por robar caudales públicos. Le preguntaron “si el cadáver de Quiroga fue puesto a la expectación pública en la forma legal acostumbrada o si se hizo depósito del cuerpo en alguna casa”. La respuesta dice que “lo sepultaron en una casa particular perteneciente a doña Tribuncia Haedo de Paz”²². Es cierto que no tiene sentido en el contexto de toda la otra información, pero el documento fue incluido en la causa como declaración válida.

22. Martín Carrasco Quintana, op. Cit (2004), pág. 81

La galera de la discordia

La galera es por cierto un misterio menor pero interesante, ya que vivió las mismas peripecias que todo lo demás: se habla mucho y se sabe poco. Por supuesto hay varias versiones de lo que pasó con ella, aunque recordemos que fue atacada, llevada al monte y abandonada por un tiempo (que desconocemos cuánto fue). Seguramente fue, al menos, rapiñada de todo lo que podía tener valor; asientos, aperos, manijas, ventanas. Así que las posibilidades se dividen entre quienes creen que quedó abandonada y desapareció, los que creen que fue rescatada y los que asumen que fue reusada con el propio Quiroga para su traslado. El apuro, el susto, el no querer quedar adherido al evento, el sacarse las culpas de encima, llevó a desdibujar muchas cosas que, en otras situaciones, un juez y un notario hubieran descrito con todo detalle.

Sí sabemos que la galera, con varios agujeros de bala que fueron notados por el escribano, fue llevada al monte tras la matanza y suponemos que si se dejó libre a los caballos es porque les robaron los aperos y todo lo útil. Era un tiro de ocho caballos que, según el expediente, fue llevado el mismo día del hallazgo a la posta. La verdad es que no hemos encontrado descripción alguna que lo pruebe, ya que implicaba llevar caballos nuevos y su equipamiento para hacer el traslado de la carreta.

Sarmiento dio su versión, quizás la más difundida pero sin prueba alguna: que tras “tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres”, “Rosas manda a Córdoba a pedir los preciosos restos de Quiroga y la galera en que fue muerto”. “La galera ensangrentada y acribillada a balazos estuvo largo tiempo al examen del pueblo” en Buenos Aires²³. ¿Se llevó la galera vieja con los restos dentro o aparte? Resulta bastante poco factible ya que hubiera significado rescatarla, pintarla y rehacerla para llevarla hasta Buenos Aires una vez restaurada, y después ¿a dónde fue a parar? Difícil pero posible. Para otros, se mandó a traer a Facundo en “lo más suntuoso que fue posible construir”, lo que es contradictorio con la que era la original; porque, o era la misma pintada, o se hizo construir una nueva²⁴.

23. Domingo F. Sarmiento, op. Cit. (1945), págs. 206 y 246

24. Di Paoli, op. Cit. (1960), pág. 312

Lo concreto es que no sabemos que sucedió con el carruaje con certeza.

Pero para complicar las cosas, existe en el Museo Provincial de La Rioja, y desde hace mucho tiempo, una “réplica” de la galera, la que está incluso en exhibición. Y para hacer una réplica, en algún lugar debió estar la original, o quizás, es también fruto de la imaginación, que es lo más probable²⁵.



Detalle donde se puede observar la galera y sus extrañas ruedas ovaladas.

Litografía de Bacle.

25. Para el año 2005 aún se exhibía en la esquina de Rivadavia y Dávila, en dependencias de la Dirección de Cultura de la Provincia.

El traslado y velorio en Flores

El día 8 de enero de 1836, la viuda pidió el cadáver para enterrarlo en Buenos Aires. Rosas, de inmediato, mandó a su propio edecán para cumplir el encargo. El 28 de enero de 1836 el ataúd fue retirado de su sepultura y lo que encontraron, según el expediente judicial, fue un cajón forrado de tela negra desteñida, al que colocaron “sobre una mesa puesta en el depósito, se colocó el cadáver que estaba encalado”, el que fue reconocido efectivamente como el de Facundo. Se realizó una “perfumación cadavérica”, sea lo que fuese que eso significaba, “y los restos de Quiroga fueron en una urna forrada de plomo” que se le entregó a la escolta dispuesta por el gobernador de Córdoba. El 20 de febrero “el funcionario Cipriano González remite al gobernador de Buenos Aires la caja emplomada que lleva los restos de Quiroga”. Estos fueron recibidos por Maza.

Esta descripción no es menor en su importancia y el papel dice claramente que fue puesto en una “urna forrada de plomo”. Entonces, si sólo quedaban los huesos ¿cómo era reconocible? ¿Por la herida de bala?

Sabemos entonces que estaba aun en el cajón cuando fue exhumado y luego de “perfumado” y “desinfectado” y puesto en la urna —si lo fue—, fue traído hacia Buenos Aires en lento cortejo fúnebre. Desde Córdoba fue llevado por casi 700 kilómetros de caminos de piedra y tierra hasta Flores, a donde llegó el 7 de marzo. Flores era la entrada a Buenos Aires y en cierto modo, el sitio en que esta historia había comenzado. Pero era un viaje realmente largo, caliente y movido para un viejo cadáver y un viejo cajón de madera que había estado enterrado y por ende, bastante deshecho. ¿O acaso llegó en una urna?

Resultan interesantes dos detalles: el camino que irían a transitar, pasó a tener nombre (gracias a ese decreto): Camino General Quiroga, pese a que hoy se llama como su opositor: Avenida Rivadavia, la que más tarde, después de Caseros, por decreto de Urquiza, pasaría a llamarse como hoy. Pero el Decreto para trasladarlo habla dos veces de “cenizas”, no de ataúd, féretro o cosa similar, aunque tampoco dice específicamente “urna”. Obviamente puede ser una fórmula o frase hecha, pero eso es lo que dice. ¿Habría sido cremado en algún momento, o sólo se redujo lo que había en el cajón para

ponerlo en una urna, ya que debían ser sólo huesos? Queda la duda sobre lo que habría del cadáver de Facundo a esa altura de los entierros y recorridos hechos, aunque bien dicen que al abrirlo reconocieron que efectivamente era él. ¿Cómo? ¿Por la herida? ¿Por la ropa?



La iglesia original de Flores en una litografía de Pellegrini de 1841.

Lo concreto es que llegó a Flores y suponemos que el trote de los caballos no debió favorecer mucho el estado del cuerpo o de sus huesos si eso era lo que quedaba. Lo que no sabemos tampoco con certeza es qué se hizo en esa iglesia. No fue enterrado ni cosa similar, de eso no hay duda, e incluso se pidió una constancia a la basílica de San José de Flores que respondió que “No se halla partida de defunción”²⁶. Allí ya estaba todo preparado y Rosas, mediante un Decreto, había determinado una jornada de luto con asistencia al lugar y él fue a la cabeza, con una enorme comitiva como nunca se había visto desplegar en la ciudad, a llevar a Facundo a su supuesto destino final: la iglesia de San Francisco, en pleno centro de Buenos Aires.

Suponemos que lo que se hizo en Flores no fue más que un responso,

26. Enero 2004, firma el párroco S. Coto.

El entierro en San Francisco en Buenos Aires

El 5 de febrero de 1836 y habiendo pasado casi un año desde el asesinato, Juan Manuel de Rosas promulgó un decreto, como ya dijimos, para que los restos de Facundo fueran llevados a Buenos Aires a solicitud de la familia. No deja de ser posible que Rosas y sus allegados aprovecharan el evento para usar sus restos políticamente, incluso hablando en el buen sentido. Un ejercicio de la necrolatría que Rosas ya había usado con Dorrego y usaría a la muerte de su esposa Encarnación. El decreto decía:

“Debiendo conducirse el domingo 7 del presente mes, desde el pueblo de San José de Flores, los ilustres restos del benemérito Brigadier General D. Juan Facundo Quiroga, al templo de S. Francisco, donde han de conservarse en depósito hasta el día destinado por su viuda Da. Dolores Fernández de Quiroga para los funerales de cabo de año que han de celebrarse por el bien del alma de dicho finado; el Gobierno ha acordado y decreta:

1. El Gobierno de la Provincia saldrá el domingo 7 del corriente a las 8 y media de la mañana de la fortaleza con el Exmo. Tribunal de Justicia, Fiscal, Asesor, Jueces de primera instancia en lo civil y criminal, y generales y coroneles del Ejército de la Provincia existentes en la ciudad, para recibir en el camino al General Quiroga, las respetables cenizas de este distinguido ciudadano argentino, y acompañarles hasta el enunciado templo de S. Francisco a su depósito.

2. Las corporaciones y empleados de la lista civil y militar concurrirán al precitado templo a las diez de la mañana, donde ocuparán los asientos que por el ceremonial les corresponda, siendo presididas hasta el regreso del Gobierno, el ala de los empleados civiles por el Ministerio de Relaciones Exteriores, y la militar por el General más antiguo, en ausencia del Inspector General encargado en ese día de mandar la línea.

3. Para el responso que debe tener lugar en el templo de San Francisco en este acto fúnebre y religioso, se oficiará al Ilmo. Obispo Diocesano, a fin de que invite a todo el clero secular y regular de la capital, para que concurra al expresado templo de S. Francisco a la hora de las nueve y media de la mañana del mismo día siete del presente.

4. Se formará la tropa del ejército de la Provincia en dos alas, dejando libres ambas veredas, desde la esquina del templo referido hacia la calle de

la Reconquista, hasta llegar a la Plaza de la Victoria, de la que seguirá por el ángulo en dirección a las tres esquinas de la Catedral; y de allí continuará por la calle de la Plata.

5. A fin de que todos los ciudadanos de este pueblo piadoso, tengan parte en la justa demostración de gratitud y respeto que debe tributarse a la memoria del ilustre general D. Juan Facundo Quiroga, por los eminentes servicios que rindió a la Patria; el Gobierno invita a todos aquellos que tengan coche propio, o facilidad de proveerse de él, a que concurren a la fortaleza el día 7, a la hora designada de las 8 y media de la mañana, para acompañar al Gobierno hasta el camino General Quiroga, a recibir sus respetables cenizas.

6. Las personas que en virtud de esta invitación asistan a la fortaleza, irán después de los coches del Superior Tribunal de Justicia, funcionarios, Jueces, Generales y Coroneles, que expresa el artículo 1º, colocándose a lo más cuatro ciudadanos por cada coche.

7. Todos los empleados civiles llevarán en ese día el luto de costumbre, de un velillo negro en el brazo izquierdo.

8. El Jefe de Policía avisará a los vecinos por donde debe transitar la comitiva por conducto de Alcaldes y tenientes de barrio, que el Gobierno espera que cuidarán de hacer barrer y regar ese día sus respectivas pertenencias.

9. Impártanse las órdenes correspondientes para el puntual cumplimiento de este decreto, que se publicará e insertará en el Registro Oficial.

Firmas:

Rosas y el Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno, Agustín Garrigós”.

Lo interesante aquí es que la iglesia de San Francisco aparece como el final del recorrido, como el sitio en el cual sería nuevamente enterrado, de una vez y para siempre. Pero pese a que todo esto se hizo, no hay prueba alguna de que haya estado en el lugar; lamentablemente ese archivo fue destruido durante los desordenes e incendio de 1955, por lo que al solicitar la confirmación de estos datos, la lacónica respuesta fue que “no había información”. Tampoco hay dato alguno de alguien que lo hubiera visto, al cajón, la urna o siquiera el lugar en el que estaba. Lo único que podemos deducir es que si su entierro siguiente, en la Recoleta, fue el 13 de diciembre, debió permanecer en San Francisco desde febrero a diciembre, que no es poco tiempo.

Quizás no sea más que una palabra, es decir un uso habitual, pero el registro oficial dice que los restos iban a “depósito” en San Francisco; suena raro por cierto, porque si ya pensaban enterrarlo en la Recoleta lo hubieran hecho directamente. El monumento y la bóveda no fueron imaginados hasta más de treinta años después, por lo que no había razón alguna para que, si ese era el sitio de destino y entierro, no lo hubieran llevado allí. Más aún que ya estaba en vigor la ley de Rivadavia sobre cementerios civiles... Cabe preguntarnos entonces: ¿dónde fue enterrado? si lo fue en esa iglesia, no lo sabemos. ¿Fue puesto simplemente en la cripta a la espera, y de qué? Si esto es como suponemos y parece indicar la evidencia, Facundo fue nuevamente enterrado y desenterrado otra vez más y en el mismo año.



Litografía de Enrique Pellegrini de 1841 con la iglesia de San Francisco y su Capilla de San Roque

El primer entierro en la Recoleta

El primer entierro de Facundo en Recoleta permanece envuelto en un oscuro misterio. Obviamente no existía ni su tumba actual de mármol, ni la escultura que la corona, ni nada de lo que se usaba en esos primeros tiempos del cementerio. Es más, sabemos que la bóveda fue hecha mucho después, en 1869, y los títulos de propiedad, aunque transcripciones de libros anteriores ubican la venta el 13 de diciembre de 1836 (obviamente sería a la familia, aunque figure Quiroga como propietario), están fechados en esta nueva escritura en 1925. No sabemos cuál era el sitio, dónde estuvo esos primeros treinta y tres años, únicamente lo podemos suponer porque así parecería decir el título, el que indica que era en uno de los lotes que luego quedaron integrados en la bóveda posterior. El título indica que en el nuevo lote se unieron “diez sepulturas de antigua traza (1ª a 10ª)”. Alguna de ellas debió ser donde se lo enterró y desenterró y volvió a colocar durante los años que fueron de diciembre de 1836 a 1869. Por cierto el que cupieran diez lotes en la superficie que tiene hoy en día, nos parece un poco apretado. Si bien la primera vez en Recoleta debió ser en tierra, como todos, la segunda fue en la bóveda –que para 1869 ya existían–, por lo que la palabra enterrar no fue la más adecuada para la segunda vez; simplemente se lo depositó en su interior.

En forma sintética creo que el ataúd fue puesto en la tierra como correspondía a un entierro propiamente dicho, es decir en el suelo mismo, posiblemente con una cruz de hierro (¿la que se conserva?), quizás, y muy discutidamente con el corazón de metal encontrado en el centro de ella, si resultara ser de esa tumba. Es decir que fue igual a cientos de otras tumbas de antes, durante y después. Un cerco de hierro podría haber sido lo máximo para que se lo distinguiera y que se usaba entonces, pero desconocemos si se usó en este caso; no hay una descripción, ni fotos, porque aún no existían y las más antiguas que tenemos ya son de después de la construcción de la bóveda, que causó conmoción en su tiempo. Parece que el cadáver y su féretro y/o urna iban y venían de un enterratorio a otro, pero nadie realmente lo miraba.

CEMENTERIO DEL NORTE



Titulo de Propiedad

de Don El General Don Facundo Quiroga



DIMENSIONES: *En el terreno formado por las sepulturas 2325, 2326, 2327, extracto del N.º 646...*

LINDEROS: *Al Norte, calle de San Facundo... Al Sur, calle de San Martín...*

Official signatures and stamps of the Municipality of Buenos Aires

N.º 2327 TITULO DE SEPULTURA



La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires... al Sr. Don Facundo Quiroga... el terreno formado por las sepulturas 2325, 2326, 2327...

Official signatures and stamps of the Municipality of Buenos Aires

Títulos de la sepultura de Facundo Quiroga en la Recoleta en su bóveda actual coincidente con el entierro original (gentileza del Dr. Carlos Francavilla)

El segundo entierro en la Recoleta

El cuarto entierro –o depósito en la cripta- que tuvo el cadáver de Facundo y el séptimo sitio de reposo tras su muerte, obviamente sin contar el día que estuvo en Barranca Yaco, fue la bóveda que le hicieron construir su hija y yerno. Por el típico machismo de su tiempo quedó con el nombre de él, llamado en forma habitual como barón Antonio Demarchi, título nobiliario que usaba pero que muchos le discutieron.

En 1869, sus allegados decidieron hacer una bóveda de tipo familiar, –inaugurada al año siguiente-, al nivel social y artístico de lo que se estaba haciendo en una ciudad que crecía, en que el cementerio público era la única opción ante la prohibición definitiva de enterrar en las iglesias. Las familias pudientes lo estaban haciendo y los Quiroga no podían quedarse atrás, menos si allí estaba Facundo. Para ello se hizo una construcción bajo tierra con varias camas para ataúdes, estructura que tenía la forma de una cruz. Arriba de la bóveda se hizo una plataforma de mármol de Carrara con un pedestal donde colocar una escultura y una entrada con una escalera para bajar a la bóveda. Todo el conjunto fue rodeado por una reja forjada de muy buena calidad. Una tapa de bronce en la parte posterior permitía el acceso a la bóveda.

En sus tiempos era un verdadero lujo y el cronista de la ciudad, Santiago Calzadilla, lo describía así en el final del siglo XIX:

“Hasta el momento de la aparición de la estatua en la tumba de Quiroga (...) no había en nuestro Campo Santo cosa alguna en su género digna de la curiosa mirada del viajero. Pero vino la obra maestra, la que a causa de sus inscripciones hubo de ser echada al suelo por la indignación del pueblo, una noche, tirando con caballos desde la calle, puesto el nudo corredizo en la garganta de la estatua para arrancarla de su base; fue salvada por la aparición de los empleados del establecimiento, que llegaron a tiempo para impedir aquel sacrilegio. Borrados que fueron los dísticos que contenía la estatua de Tantardini, que no ha sido superada (...) es admirada y la contemplan, generalmente, todos los amantes de lo bello y del arte en su genuina acepción.”

¿Cómo apareció esta magnífica obra escultural en nuestro Campo Santo?
Inesperadamente.

He aquí lo que sabemos al respecto: (...) es sin duda a la piedad filial de la hija del Tigre de los Llanos, a quien se debe la primera y más bella estatua que hasta hoy mismo posea nuestro cementerio, felizmente colocada a la entrada. (...) El señor Demarchi llevó su familia a Europa, en donde encontró a un condiscípulo con quien había habitado la misma celda en el colegio en que se educaron. Este condiscípulo era nada menos que Tantardini, célebre escultor, el cual al oír la relación de las hazañas de Quiroga, aunque hecha por persona interesada, ideó La Dolorosa, personificada en la esposa del extinto, llevando una corona para depositarla en la tumba del esposo”.



Imagen actual de la bóveda de Facundo

Lo que nadie dijo jamás es quién proyectó el conjunto y lo hizo: ¿fue todo obra del escultor milanés Antonio Tantardini?; es muy probable ya que no hay arquitecto asociado a ese trabajo, que no era cosa menor en su época, los mármoles son todos italianos y no hay firma por ninguna parte (aunque no era común el ponerla). Pero no es trabajo de un marmolero cualquiera tampoco. Lo más probable es que se le haya encargado la escultura a quien estaba de moda en ese tiempo, no casualmente un italiano, y que él tuviera aquí alguien que construyera la mampostería y colocara el monumento. La estatua, que por cierto es hermosa, es una Dolorosa, un motivo común en los cementerios; lo que hizo el imaginario colectivo fue suponer que era el retrato de la mujer de Quiroga. Dudo que en 1870, (en que si vivía, era una anciana²⁷), pudiese inspirar al italiano ese rostro y figura. Sí es cierto que los Demarchi conocieron al escultor en 1869, éste ya era un artista conocido en Milán a pesar de su juventud (1829-1879). Aunque murió joven, Tantardini dejó una muy larga serie de esculturas de diverso tamaño, muy románticas todas, muchas de uso funerario, como era entonces la moda. Lo que parece razonable para la imagen es que se inspirara en algún Ángel de la Resurrección, del que hizo otras esculturas similares; para él debió ser sólo otro trabajo que jamás vería en persona. Sabemos que también hacía por encargo copias de sus obras y por eso no es casual que en la Recoleta haya cuatro esculturas iguales en diferentes tumbas. Era una costumbre habitual en su tiempo encargar calcos –originales o no-, de algo que gustaba. Finalmente puede ser casual que hayan sido compañeros de estudios el escultor y Dermarchi, aunque suena más probable que la familia haya contratado al escultor de moda en esculturas funerarias.

Al monumento se le puso una placa de mármol inscripta “en las que se creyó ver la nota cínica de la insolencia y el insulto”²⁸:

27. Falleció en 1878; había nacido en 1801.

28. Carlos M. Urien, Quiroga, estudio histórico constitucional, 1907, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, Buenos Aires, pág. 381.



La Dolorosa de Antonio Tantardini, 1870

Brigadier General
DON JUAN FACUNDO QUIROGA

Q. E. P. D.

Murió en Barranca Yaco

El 16 de febrero de 1835

Su familia le dedica este recuerdo

Luchó toda su vida por la organización

Federal de la República Argentina

La historia imparcial

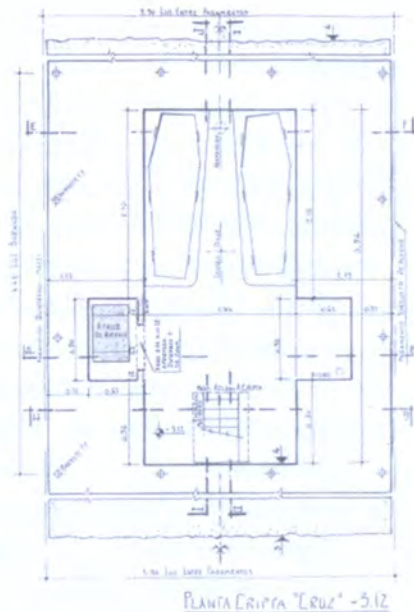
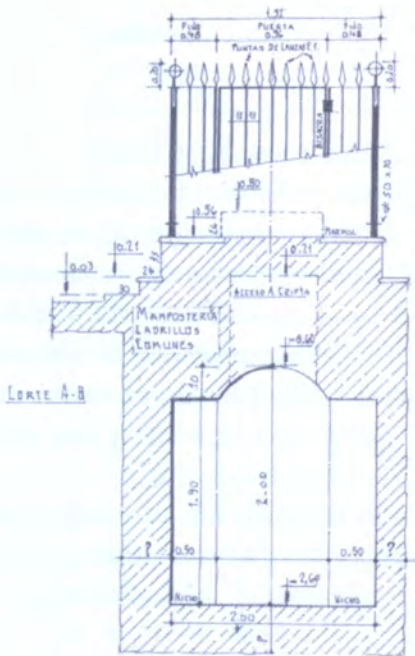
Le hará la justicia debida.

En su tiempo la inscripción levantó airadas protestas, pero finalmente era un monumento funerario hecho en su memoria por la familia; pese a eso, Estanislao del Campo, escribió indignado:

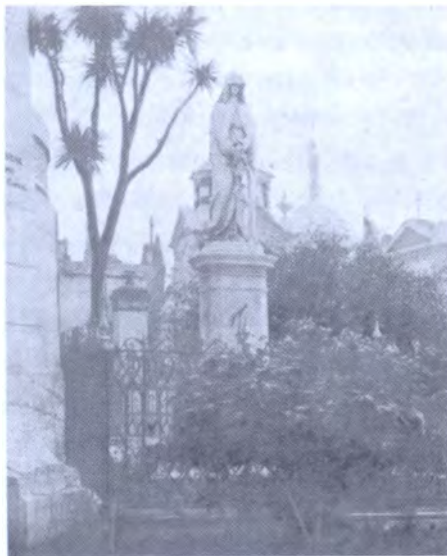
“En el eterno libro de la historia
Tienen su negra foja los tiranos
Picota ella será tu memoria
Oh! Carnicero: Tigre de los Llanos.”

Y eso ya era suficiente, de no haberse generado años después un hecho que nada tenía que ver con Facundo pero lo pagó él: la familia de Rosas, quien había fallecido en 1877, llamó a sus amigos a una misa para el 24 de abril en la iglesia de San Ignacio. Muchos antiguos unitarios, recordando que Rosas mismo había prohibido los responsos y entierros públicos de sus enemigos, quisieron hacerle pagar tardíamente, por lo que lo más selecto de la oligarquía porteña se reunió a rezar en la Catedral por las víctimas de la dictadura, presididos nada menos que por Nicolás Avellaneda y Carlos Casares; de allí, algunos con los ánimos caldeados decidieron ir a Recoleta a destruir el monumento de la tumba de Quiroga. Lo que no pensaron era que iba a estar cerrado y se iban a oponer los empleados del lugar. Así que, según cuentan, sólo pudieron enlazar la escultura y tratar de voltearla tirando desde afuera porque, para su sorpresa, alguien había sacado la placa de mármol, la que en algún momento y mucho después fue vuelta a colocar, hasta el día de hoy en que a nadie le preocupa.

Mucho se ha discutido si la anécdota del intento de destruir el monumento es verdadera ya que toda la prueba es una marca de desgaste que tiene en el cuello, cuya causa puede haber sido cualquier otra por cierto, y no una soga para decapitarla; suena demasiado quiroguiano, de novela, como tanta imaginación que corrió alrededor de Facundo, en especial después del libro de Sarmiento. Por otra parte, para desgastar el mármol, debió producirse una fricción sostenida por un cierto tiempo, por lo que suponemos que se produjo en el viaje desde Italia y fue la base para crear, o darle más veracidad a la anécdota.



*Planta y corte de la bóveda de Quiroga con la ubicación del ataúd encontrado
(planos Jorge Alfonsín)*



*Antigua fotografía en la que el pedestal no tenía la placa de mármol
que le habían retirado en 1877*

Emparedado en su propia bóveda: una leyenda, una historia, una tradición

Lo fascinante de esta historia es que a partir de 1870 Quiroga tenía un nuevo sepulcro. Si estaba en una urna, ¿dónde la pusieron?, ¿lo acostaron, si estaba en un ataúd, en una de las camas que suponemos que habían?, ¿o son todas las camas posteriores –como aparentan serlo ya que son de hormigón armado–, y el espacio era para él sólo? Nuevamente nadie vio nunca nada. El primer entierro familiar se hizo en 1920 ya que los Demarchi tenían otra bóveda en el mismo cementerio, que aún existe. Entonces: ¿quién lo emparedó y por qué? ¿por qué de pie?

Son preguntas que ahora, encontrado su ataúd, nos llaman a tratar de averiguar sus motivos y cuándo surgieron, y si son descripciones reales de quienes lo vieron o hicieron. Al respecto, lo que siempre se ha repetido, son cuatro leyendas:

- 1) Que fue enterrado de pie.
- 2) Que tenía una espada entre sus manos.
- 3) Que fue enterrado con su esposa (ella más tarde, por supuesto).
- 4) Que había un testamento en que ordenaba esto.

Las respuestas a estos interrogantes no quedan claros ni a través de la documentación ni de la arqueología, es más, las cosas se han hecho mucho más complejas ahora que la investigación tuvo tiempo de avanzar. Primero no sabemos cuándo ni dónde comenzó a repetirse esa leyenda, pero valga aclarar que el ser sepultado de pie no parece una cosa demasiado extraña en su tiempo. Hay una larga lista de dichos comunes al respecto, como que “los valientes mueren de pie”, “morir con las botas puestas” y siguen. Incluso en la misma Recoleta, la cripta de Juan José de Anchorena fue construida para contener nada más que cuatro cajones parados, y fue hecha en el mismo año, 1869.

Se trata esto de una observación aguda hecha por Jorge Alfonsín ya que nadie había notado que había un lugar así y está ubicado en

la Sección 14, T. 64, sep. 1 a 3. La inscripción superior dice de un lado: “Juan José de Anchorena/ nació 16 de junio 1780/ murió 26 diciembre de 1851/ R.I.P.”, y del otro, salvando el horrible error de la separación de sílabas: “D. Juan Martini/ ano de Anchorena/ nació el 16 de octubre de 1861/ murió 28 de septiembre de 1932/ R.I.P.”. Tiene un gran jarrón sobre una columna y abajo hay un espacio vertical abovedado con cuatro nichos en el piso para colocar sólo cajones de manera vertical. No hay forma de ponerlos de otra manera ya que está construido de esa forma.

Omar López Mato ha escrito sobre esto:

“En realidad ser enterrado de pie es un signo de indómita altivez, de ausencia de sometimiento. El que así es enterrado no se inclina ante nadie. Varios españoles pidieron ser enterrados de pie (...) También Herodes el grande fue enterrado de pie. El coronel Garzón, oficial uruguayo, héroe de las guerras de la Independencia, también pidió ser enterrado de pie.”²⁹

Es decir, enterrar a alguien parado parece que no resultaría algo tan extraño; lo que no queda claro es si realmente lo hicieron desde el inicio con el propio Quiroga; y en Córdoba no hubo siquiera una referencia al respecto pese a que fue enterrado y desenterrado frente a muchos espectadores; si algo hubiera llamado la atención, hubiera sido reportado en el acta. Al fin de cuentas, y si no hay imaginación mediante, a Urquiza y su esposa sí los pusieron parados tras un muro de la cripta de la iglesia de Concepción del Uruguay en 1870, y fueron hallados de esta forma en 1951. De ser cierto, es el mismo año de las tumbas de Quiroga y de Anchorena.

En lo que sí no queremos entrar es en el otro mito instalado: el de la existencia de un testamento de Quiroga en que ordenaba ser enterrado de esa manera, ya que jamás ha aparecido, nunca se ha publicado ni difundido, aunque sí se ha repetido al infinito su existencia. Pruebas, no hay. Incluso

29. Omar López Mato, *Después del entierro*, 2008, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pág. 355.

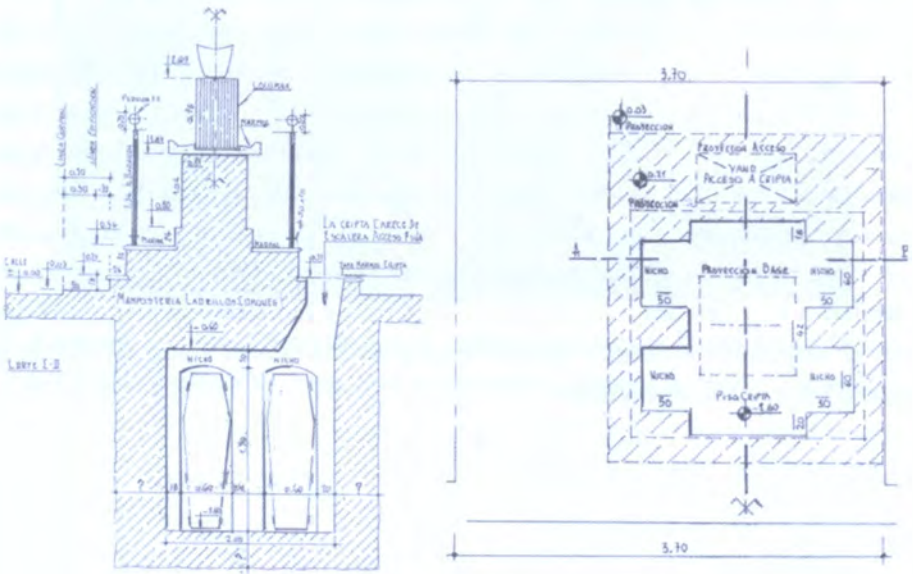
Fermín Chávez ha insistido en que Quiroga, al igual que José Ruiz Huidobro muerto en 1852, no quería chapa identificatoria en su ataúd, otro dato que podría ser interesante, si hubiera pruebas al respecto.

Lo que nos preocupa es la posibilidad material de hacerlo: si estaba en una urna como realmente suponemos ahora, resulta absurdo, si estaba en un ataúd casi es peor ya que con un cadáver que había estado abandonado al sol y a la lluvia, luego tratado con diferentes ácidos, al menos dos veces, que fue enterrado en Córdoba un año, que también lo fue en San Francisco, que además estuvo bajo tierra otros treinta años en la misma Recoleta, más los viajes, nos preguntamos: ¿qué quedaba dentro de ese ataúd que pudiera ser “puesto de pie”? Obvio que si era un ataúd se ponía a éste en esa forma aunque lo que hubiera adentro, urna o restos, fuesen cenizas. No creo que siquiera haya habido algún hueso entero, ni atado con alambres, nada que pudiera estar en postura vertical. En síntesis, no creo que él haya podido estar de pie. Parar el cajón es, como dijimos, otro tema, pero sólo junta en el fondo el polvo en que se ha convertido, lo que por cierto no suena muy heroico. Por supuesto, menos aun puede tener una espada en las manos, ni sable, ni cuchillo, nada. Y si algo hubo, es hoy una montañita de óxido. Y si no lo había, los últimos movimientos a que lo sometió la familia en el año 2006, terminaron seguramente de destruir lo que hubiera quedado, ya que lo retiraron de su sitio de pie para acostarlo, sin cuidar el cambio de humedad, de temperatura, nada, como si la antropología forense no existiera.

Quedan posibilidades: que cuando fue puesto el cadáver en la capilla de la posta de Sinsacate le hayan puesto su sable encima (¿no lo robaron pese a ser una joya?) y eso haya dado inicio a la leyenda. Otra opción es que el cajón haya estado parado o ligeramente reclinado contra una pared, en alguna oportunidad o velorio de los tantos que hubo, lo que tampoco suena raro. Para la imaginación calenturienta de su tiempo, para lo que significaba Quiroga, “estar de pie” y con un sable en la mano suena bastante lógico para el imaginario colectivo. Raro que no lo imaginaran con un rayo como Zeus.

El cadáver o ataúd o cenizas de su esposa no fue encontrado nunca y ese es otro problema; es cierto que también puede estar tras alguna pared –otra, no la de Quiroga-, o en cualquier otro lado, o mezclada con los cientos de huesos y restos de cajones que se embolsaron en 2003 y ya fueron a la basura; o incluso que estén dentro del ataúd de Facundo, habiendo allí dos urnas. Respecto a la posibilidad de que con posterioridad a la década de 1930 ambos hayan sido manipulados y Facundo haya sido emparedado, por primera y única vez, es hasta ahora la hipótesis más probable y que luego discutiremos. De su esposa no hay noticias. ¿Estará en la otra bóveda Demarchi Quiroga que aún existe en Recoleta? Las lecturas de georadar en los muros, si bien no se hicieron completas y en todas las paredes, porque era físicamente imposible, mostraron algunas alteraciones en otros sitios, pero ninguna de tamaño suficiente como para otro entierro. Tampoco se permitió abrir allí.

Nada se sabe de Ruiz Huidobro, su leal subalterno y consuegro que pidió ser enterrado con Facundo ¿dónde está el general? Nadie lo sabe.

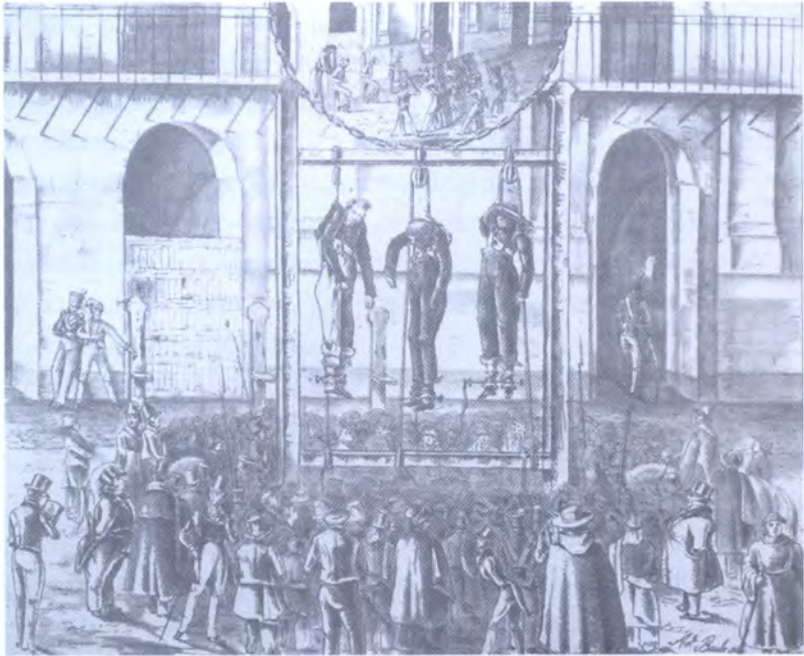


Tumba para cuatro ataúdes parados construida por la familia Anchorena en la Recoleta el mismo año que la de Quiroga. (Planos de Jorge Alfonsín)

El final de la historia

¿Crimen oficial por tropa regular?, ¿decisión imbécil de unos atolondrados con poder que no sabían medir las consecuencias?, ¿obediencia debida?, ¿a quién?, ¿era el final de una historia ya anunciada de rencillas previas?, ¿eran los resabios de quienes no querían cambiar —o no entendían—, el modelo de gestión política nacional? No importa ya, es obvio que no hubo una fantástica organización que llevó a cabo el crimen y luego permaneció en silencio. Hubo quienes ganaron y quienes perdieron; también es cierto que el mismo Quiroga había intentado matar a los Reinafé a través del comandante Castillo y de Ruiz Huidobro; nadie en esta historia es totalmente inocente. Hubo un juicio plagado de errores y pre-juzgamientos con una maniobra que por poco ocasiona un incidente diplomático con Bolivia. Finalmente todo terminó con la muerte de culpables y posibles culpables; y otros nunca fueron molestados siquiera. En esto, Sarmiento tenía razón respecto a que “no era un hecho aislado y sin consecuencias”; en el resto se equivocaba en buena parte.

Luego vino la manipulación del cadáver en función de la construcción del mito del héroe, magnificado una y mil veces, endiosado, transformado en la imagen viva de una sociedad Federal que terminaba ahí para dejar paso a una nueva Nación. Verdad o mentira, uso político conciente o no, la idea central de la historiografía fue ésa: la construcción histórica con su figura como caudillo federal que prescindió de las armas y fue muerto en viaje de pacificación a escala nacional. Nuevamente no importa si era verdad o mentira, importa el mito. Y de mitos hablaremos luego, porque no es imposible entender lo que hemos hallado en el ataúd detrás de la pared en que fue encerrado.



Los cadáveres de Santos Pérez y los Reinafé exhibidos en Plaza de Mayo, frente a los arcos del Cabildo; arriba en un círculo se ve su fusilamiento, litografía de Pellegrini de 1838.

SEGUNDA PARTE: La actualidad

Los intentos de traslado a La Rioja

Durante el año 2003, ante una nueva solicitud frustrada de que el sepulcro de Quiroga fuera declarado Monumento Nacional –ya las había desde muchísimo tiempo antes-, la senadora por la provincia de La Rioja, Ada Maza, presentó dos proyectos simultáneos: uno “Disponiendo el traslado de los restos de Facundo Quiroga a La Rioja” y otro creando la “Comisión Nacional de regreso a su tierra natal del Brigadier General Don Juan Facundo Quiroga”³⁰. No sabemos por qué presentó esas dos ideas absurdas, aunque sospechamos la influencia de Carlos Menem y su obsesión con Quiroga. El proyecto, si bien logró sanción del Senado, no prosperó por dos motivos: primero porque era ridículo –ya sabemos que ni siquiera sabían dónde estaban los restos o si siquiera existían-, y segundo por la frontal oposición de los descendientes.

De inmediato, la familia se unió para evitar este sinsentido, pero al parecer, el proyecto murió por sí mismo ante una dura opinión de la Academia Nacional de la Historia que había sido vertida el año anterior por igual intento³¹. Pero pese a que ya a la senadora se le había explicado por qué no se podía, nuevamente levantaría cabeza al año siguiente con otra propuesta; esta fue girada a la Comisión de Cultura dirigida por la diputada Irma Roy. En forma inmediata la familia le escribió una carta en la que le indicaba que:

“Facundo Quiroga no murió en el destierro, ni fueron repatriados sus restos del extranjero, tampoco fueron éstos robados, ocultados o enterrados clandestinamente, descansan en un panteón privado y familiar, lugar de gran honor y relevancia, en la entrada del cementerio de la Recoleta, en la ciudad de Buenos Aires, cuyas parcelas el mismo Quiroga adquirió, y donde su viuda e hijos inhumaron, con total libertad y sin impedimento alguno”.

30. Proyectos 2969/03 y 2970/03, ambas del 19/11/2003.

31. Proyecto S-704/02, nota de la Academia Nacional de la Historia del 14-8-2002 dirigida al presidente de la Comisión de Interior y Justicia del Senado, reproduce también la nota anterior a la senadora Maza.

Más allá de la interminable lista de errores de estos renglones y de las páginas siguientes, que adjudicamos al abogado que lo redactó y que no hacen a la esencia del contenido, la familia Demarchi en pleno se sumó a la Academia de la Historia y a su fallo terminante con más de veinte firmas. En hoja aparte, aunque un año más tarde, adhirieron los Quiroga y luego otras ramas como los Obarrio, Sires y Obligado; incluso los amigos del cementerio de la Recoleta se opusieron. Es decir, era obvia la negativa familiar y el tema quedaba cerrado pese al gusto del presidente de turno. Los diarios estaban de parabienes en medio de la polémica, entre el hallazgo arqueológico, la postura negativa del traslado y las críticas y apoyos al gobierno, se podían escribir docenas de notas, lo cual hicieron. La Academia de la Historia había sido tajante desde la primera nota del año 2002: se oponía porque no quería “que se manipule la memoria de los grandes muertos de la Patria, como ha ocurrido, lamentablemente, en otras ocasiones”.

Pero nada es sencillo cuando algo se quiere hacer complejo y en el año 2005 nuevamente se elaboró otro proyecto de traslado a La Rioja; y nuevamente hubo que hacer todo el circuito para que fuera denegado. Veremos cuánto tiempo más transcurre para que otro político trasnochado y para quedar bien con alguien, vuelva a hacer otro proyecto similar³².

32. Facundo Quiroga vuelve a La Rioja, *Ámbito Financiero*, 30-4-04, pág. 21, Carta de Lectores, *Clarín* 21-2-05 y *La Nación* 20-2-05; El gobierno inicia gestiones para traer los restos de Quiroga, *Nueva Rioja* 16-2-05; Quiroga Remains Found in La Recoleta, *Buenos Aires Herald*, 12-2-05, Encontraron los restos del Tigre de los Llanos, *Página 12*, 12-2-05, Buenos Aires, “Impulsan el traslado de los restos de Facundo”, *El Día*, 15-2-05, La Plata. Pelea por los restos de Facundo Quiroga, *El Nacional de La Plata*, pág. 3; Hallaron los restos de Facundo Quiroga en la Recoleta, 12-2-05, pág. 14, La Plata; Patricio Downes, Aseguran que encontraron los restos de Facundo Quiroga, *Clarín*, 12-2-05, Buenos Aires; No al traslado de los restos de Quiroga, *Clarín* 18-2-05, pág. 39, Buenos Aires. Hallan restos de Quiroga, *Ámbito Financiero*, pág. 14, 14-2-05, Buenos Aires.

La investigación para ubicar su ataúd

Es difícil saber cuándo comienza algo, pero siempre en algún lugar empieza. En este caso la ocurrencia, el que tomó conciencia del tema, fue sin duda un investigador amateur, ex constructor jubilado, amante de la historia y en especial de los cementerios: don Jorge Alfonsín. Había recorrido y trabajado en gran parte del país y dedicaba sus últimos años a dos temas: la historia de la isla Martín García y la de los cementerios, que estaba relevando en la ciudad y en el interior, incluso llegó a publicar varios estudios. Puede parecer muy simple: darse cuenta que en la bóveda de Facundo, en la que todos los años se hace un aburrido homenaje y que turistas y nacionales visitan a diario, no estaba su ataúd. Era el año 2003 y pese a más de un siglo y medio nadie había mirado dentro, la familia ni siquiera lo sabía -o eso decían-, iban y se paraban silenciosamente en su ignorancia, cada aniversario. Esa fue la genialidad de Alfonsín: hacerse la pregunta, bajar a mirar, constatar que no estaba y volver a hacerse otra pregunta: ¿si no está a la vista, dónde está?

A partir de esa intención, quería saber qué pasó, consultó con el Instituto Juan Manuel de Rosas quienes nada sabían tampoco pese a ser los organizadores de los homenajes. Pese a eso, de allí salió un oficio a la Secretaría de Cultura pidiendo que el sepulcro fuera declarado Monumento Histórico Nacional y por otra parte se pidió el certificado de titularidad de la bóveda. Puede sonar extraño que se declare Monumento a un enterratorio si no se sabe si el muerto está allí, pero no sería el primer caso³³. Esta dependencia a su vez hizo la solicitud a la Comisión Nacional de Monumentos, Museos y Lugares Históricos, el Secretario de Cultura era Torcuato Di Tella y tampoco a nadie se le ocurrió que podían estar discutiendo sobre la nada.

Fue el 26 de marzo de 2004 cuando Alfonsín hizo una primera inspección detallada dentro de la bóveda; la situación era trágica: miles de insectos, gusanos y caracoles infectaban todo, pegados en las paredes, cajones podridos y en el piso, inundado por las lluvias había docenas de huesos humanos desperdigados, que impedían siquiera el paso. Todo mezclado con

33. Expediente SC 6838/03 del INdeIHJMR; firmado O. Denovi, A. Gelly Cantilo; el pedido a la Dirección de Cementerios es del 25 de septiembre (firma O. Denovi), el que fue entregado el 8 de octubre con el número de expediente 72/03; se aclara que la familia adeudaba la tasa correspondiente a los años 1998-2003 lo que generó un sinnúmero de problemas.

madera podrida de urnas y ataúdes, hierros oxidados y mucha basura. Tan tremenda era la situación que los familiares decidieron comprar bolsas de plástico negro y hacerlas llenar de la mejor manera posible metiendo todo dentro con pala: huesos humanos, madera y basura; no había siquiera donde apoyarse o caminar; y como para ellos hacer las cosas con expertos resultaba inimaginable, o quizás inaceptable; siempre era mejor llamar a un albañil que a un antropólogo forense. Era el resultado de un siglo y medio de desidia, abandono y desinterés, ya que el monumento recuperó antiguos esplendores gracias al aporte de los Amigos del Cementerio de la Recoleta, que se encargó de limpiar a la famosa Dolorosa.



Estado de putrefacción de los ataúdes de la bóveda durante la limpieza, se observa el interior de zinc que tenían la mayor parte de ellos.

El relevamiento³⁴ de Alfonsín identificó que había en el lugar cuatro urnas de madera, dos de ellas con chapas identificatorias y nueve cajones de los cuales sólo seis tenían nombre. Es decir que quedaban al menos dos urnas y tres cajones de los que no se sabía a quiénes pertenecían, pero eran a todas luces del Siglo XX. Las urnas que estaban con nombre eran de: Miguel Ángel Cobos (15-2-1902) y Eugenia Fernández de Mur (1866). Los cajones eran de Miguel F. Cobarrubias (27-10-1930), Orosimbo de Gomensoro (5-10-1944), Novillo Quiroga (datos dados por el cuidador, sin chapa identificatoria), María M. Gomensoro (10-7-1945), Dolores Videla Quiroga (23-11-1940) y Sara F. Quiroga de Palacios (5-12-1930). Las bolsas con huesos se amontonaron en el fondo donde alguna sigue allí³⁵.

Resulta interesante comparar esta lista con la extraída de los libros de inhumaciones del cementerio donde hay sobrantes y faltantes: Raquel Florencia Cobarrubias (7 años, fallecida 25-9-1934 y tiene un sobresello de “remoción”), José Quiroga (76 años, fallecido 25-9-1934 pero colocado el 30-4-1963), Sara F. C. Quiroga de Palacio (77 años, fallece 3-12-1938), Dolores Videla Quiroga (64 años, fallece 23-11-1940), Dolores Quiroga de Gomensoro (fallece 19-2-1942), Mercedes Quiroga de Mamberto (18-11-1924, indica que procede del “nicho F1”), Orosimbo Gomensoro (fallece 6-10-1944), “dos urnas N. N.” puestas en 1942, María M. Gomensoro (17 años, fallece 14-7-1945), Julia Quiroga de Novillo (79 años, fallece 25-12-1942; procede de la Chacarita), Moisés y Roberto Novillo procedentes de Chacarita en urnas y sin fecha de fallecimiento colocados allí el 4-12-1950 y finalmente Rodolfo Bovillo Quiroga fallecido el 30 de abril de 1963.

Es decir, es un caos, nadie sabe quién está en dónde. El cementerio ha hecho una gran tarea de registro a lo largo del tiempo, pero otros sacaron,

34. Sección 14, tablón 1, sepulturas 1 a 3, 5 a 7 y sobrante.

35. Para el cementerio la bóveda “fue otorgada el 13 de diciembre de 1836 al General Don Facundo Quiroga, a perpetuidad, quien figura como único y actual titular” (8-10-2003); más allá de los papeles resulta simpático que el titular sea el mismo muerto que allí está enterrado, o se supone que debería estarlo. El pedido de inspección fue hecho por el I.N.del H.J.M.de R. el 30-3-2004 (firma Gelly Cantilo).

pusieron, rompieron, violaron tumbas y caminaron sobre los huesos³⁶. Las llaves las tienen los familiares y el anciano cuidador, la entrada de bronce con fuertes bisagras y la cadena con candado está rota desde hace años y por suerte no se nota. La responsabilidad es de la familia ya que es una bóveda a perpetuidad; para cuando la estudiamos, hacía años que no se pagaba el canon anual de conservación. La irresponsabilidad era obvia, fuera de quién fuera y esto ponía en evidencia la situación; muchos estaban y estarán muy ofendidos.

En forma paralela a todo esto, la nota a la Secretaría de Cultura derivó a la Comisión Nacional de Monumentos, Museos y Lugares Históricos para su declaratoria³⁷, como ya dijimos, cuyo presidente comenzó a preocuparse por si realmente estaban o no los restos de Quiroga, no fuese a declararse algo sin tener la certeza absoluta³⁸; era algo que parecía obvio, pero confirmar no costaba nada. Más allá de que más de una vez se había negado la declaratoria por ser Facundo –eran otros tiempos–, la política del organismo era tener la certeza de que lo que hacían lo hacían bien: gran diferencia con sus superiores, la Secretaría de Cultura de la Nación, que en esos momentos decidían sin siquiera saber del tema. También se comenzaron una larga serie de intercambios por correspondencia con Luis Demarchi, responsable familiar de la bóveda y quien dió las autorizaciones para estas actividades, por cierto, preocupado por lo que veía. De esta suma de intereses por hacer las cosas bien hechas es que surgió el tema de constatar los entierros en el interior, y luego de buscar arqueológicamente el ataúd o urna de Facundo, porque a la vista no estaba.

36. Una revisión, con otros propósitos, de los entierros hechos en los años 1851 y 1852 mostró que además de seis catillas en blanco había seis faltantes (Nº. 10 y 10 vuelta, 102 y vuelta y 103 y vuelta) según Alfonsín.

37. Nota del autor a la Comisión Nacional el 11 de octubre 2004 pidiendo autorización para confirmar la presencia del ataúd o no, antes de tomar cualquier determinación.

38. El presidente de la Comisión Nacional era el arquitecto Alberto de Paula, minucioso en este tipo de observaciones.

El hallazgo tras el muro

El siguiente paso dado por Alfonsín fue hacer un relevamiento de la bóveda ya que no existía ningún plano conocido, es decir de su arquitectura. Era otro absurdo, nadie sabía cómo era por debajo, ni siquiera el Gobierno de la Ciudad había hecho un plano. Por lo que el de Alfonsín, con todos los detalles y la ubicación de cada cajón, aclaró el panorama casi de inmediato. Al menos ya se tenía la información como para empezar a estudiar el tema seriamente.

Lo siguiente, ante la evidente falta del ataúd o urna de Facundo, fue solicitar a la Comisión Nacional de Energía Atómica un estudio mediante georadar que revisara las paredes y pisos, para ver si existía otro nivel de entierros o si había alguna puerta tapiada o algo dentro de las paredes. En el interín se me hizo llegar el plano y, a primera vista, era evidente que la bóveda había sido construida en forma de cruz y que ahora tenía uno de los brazos tapiados. Sin mucha ciencia, sólo con observar la falta de simetría de lo que era visible, se ponía en evidencia que había que centrarse en ese sector. Nadie en el siglo XIX, hacía una tumba asimétrica, más que algo absurdo era ofensivo para la iglesia. Este dato fue discutido mil veces ya que muchos no entendían la lógica del razonamiento y tardó meses en ser aceptada la obviedad del caso.

Ese trabajo técnico de georadar fue hecho el 6 de agosto y se obtuvieron resultados al poco tiempo. Se trata de un sistema complejo pero a la vez sencillo en el que un detector móvil va generando ondas que permiten la lectura en una pantalla de reflejo de esas ondas, mostrando las diferencias de solidez que enfrentan en su recorrido. Traducido: si en la pared hay un caño u otro objeto diferente del contexto general, se nota una distorsión de las líneas. Por supuesto no es ni una foto ni una radiografía sino una serie de rebotes de ondas, lo que si es visto por quien no lo sabe, puede fácilmente ser mal interpretado; así se observó bien que existía un posible hueco, armaduras metálicas y otros detalles que resultaron exactos³⁹. El estudio era muy bueno,

39. Informe técnico N° IN-13 E-53-IN/04 de la Gerencia C. A. C. de la unidad de actividad de Ensayos No Destructivos y Estructurales de la Comisión Nacional de Energía Atómica, aprobado por el Lic. Alberto Pastorini el 10-8-2004.

lo que no había era una hipótesis sobre la cual trabajar, a lo que se sumaba la interferencia de los cajones y las camas de hormigón armado que impedían barrer todas las paredes, además de lo estrecho del lugar. Mi interpretación fue la misma que a la vista del plano: que había un nicho –coincidente con un brazo de la cruz de la planta-, y que era necesario abrirlo y mirar dentro, fuese lo que fuese que hubiere. El que alguien hubiera tapiado un brazo entero de la bóveda no debía haber sido por algo menor.



*Equipo técnico para la lectura del georadar; Alejandro Garcia trabajando fuera de la bóveda
(foto Jorge Alfonsín)*



Lectura de la pared por Mauricio Sacchi con los instrumentos técnicos (foto Jorge Alfonsín)

La primera etapa de investigación, como dijimos, consistió en la lectura del georadar⁴⁰. Las tres paredes principales de la cripta fueron incluidas en una cuadrícula utilizada como coordenadas donde se realizaron barridos transversales y longitudinales que se registraron en radargramas. El cambio de densidad de las imágenes registradas fue interpretado como la presencia de un posible hueco en una de las paredes. El plano del sitio y una inspección ocular mostraban que existía una clara anomalía en la bóveda. Esta asimetría coincidía como posible espacio vacío tras la pared. A su vez, era evidente que todo había sido remodelado en el siglo XX, al parecer entre 1930 y 1950 según datos suministrados por la familia Demarchi y no había evidencias materiales en los muros que indicaran nada fuera de lo normal.

40. Informe técnico N° IN- 13- E- 053- IN/04 de la Gerencia C. A. C. de la Unidad de Actividad Ensayos No Destructivos y Estructurales de la Comisión Nacional de Energía Atómica aprobado por el Lic. Alberto Pastorini el 10/08/2004. Fue realizada por el Licenciado Mauricio Sacchi y el Sr. Alejandro García de la Unidad de Actividad Ensayos no Destructivos y Estructurales.

La situación para finales de 2004 era concreta: era factible la presencia de un nicho con algo dentro, posiblemente metálico según indicaba el georadar, que en el plano de arquitectura era más que evidente. Sólo faltaba poder concretar las cosas. Pero no era fácil, era Facundo, era una bóveda privada, los recursos económicos no existían... Tras la solicitud de la Comisión Nacional de Monumentos para investigar el asunto, hicimos como hacemos siempre: contactamos a la familia y al cementerio para pedir los permisos como una investigación hecha entre el Centro de Arqueología Urbana y el Instituto de Investigaciones Históricas Juan M. de Rosas⁴¹. Luego acudimos al Dr. Omar López Mato, amante de estas aventuras, para los recursos necesarios. Avisamos al Gobierno de la Ciudad y se fijó como fecha el jueves 9 de diciembre a la mañana para trabajar⁴².

Por supuesto que no era cuestión de romper sin control sino de hacer una mínima perforación que permitiera saber que sucedía detrás y tomar decisiones en virtud de eso, y que en todo el proceso hubiera dos expertos: uno en conservación y restauración y otro en antropología forense. No queríamos que volviera a suceder lo que se hizo con el ataúd de Juan Manuel de Rosas tras caer en las manos inescrupulosas que lo trajeron de Inglaterra.

El día jueves 9 de diciembre se procedió a hacer una perforación de 10 cm. de diámetro ubicado a 1,50 metros de altura, tratando de no golpear o actuar con brusquedad sobre la pared; de inmediato se notó que el muro era de 9 cm. de espesor y que atrás había espacio hueco. Al completarse el primer agujero exploratorio se pudo ver un objeto metálico de color verde que se interpretó como un posible ataúd hecho de bronce colocado de pie. En base a esto se decidió, tras permitir un tiempo de ventilación del sitio, proceder a abrir una ventana de 25 por 45 cm., horizontal. Esto mostró que el muro, obra del siglo XX, fue hecho con ladrillos de 6 por 12 por 24 cm. unidos con mezcla de cal con una capa de cemento que la revocaba. Detrás estaba el ataúd de posible bronce, de pie, con

41. Carta del 11-10-04 a la Comisión Nacional de Monumentos (firma: Schávelzon) y del 5-11-04 del IHJMdeR a la Dirección General de Cementerios (firman Denovi y Gelly Cantilo).

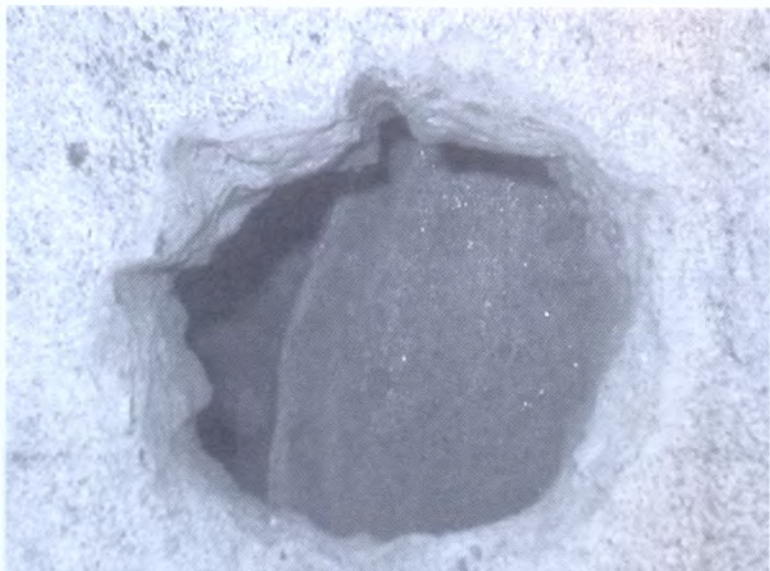
42. Daniel Schávelzon y Patricia Frazzi, Informe del estudio de la bóveda de Facundo Quiroga en la Recoleta, Primer Congreso Argentino de Arqueometría, pp. 488-492, 27-28 de octubre, Rosario, 2007.

diversos objetos que lo acompañaban. Observamos los detalles y sin duda era una obra posterior a 1930, cuando el tamaño de los ladrillos tomó las dimensiones actuales⁴³.



Perforación del muro en el interior de la bóveda

43. La conferencia de prensa para la información se hizo el 14 de febrero en el Instituto Rosas.



Vista del ataúd tras la primera perforación de la pared de ladrillos.



El ataúd color verde según la vista por la ventana abierta.

El ataúd, por lo que se pudo observar, es de bronce o al menos es del color del bronce ya que tiene una fuerte pátina verdosa, producida por el cobre de su composición, a menos que haya sido pintada, cosa imposible de saber sin estudiarlo. Lamentablemente y tal como luego describimos se nos prohibió tocarlo, menos aun sacarlo, por lo que las observaciones posteriores nos llevaron a pensar que en realidad no es más que hojalata pintada de verde, o de una aleación rígida similar con alto contenido de cobre. Las juntas visibles en ese momento están hechas formando solapas unidas con plomo, pero no soldadas.

Lo más llamativo era su posición, ya que estaba parado, sostenido por al menos un par de hierros de perfil redondo, posibles cortafierros -los clavos del siglo XIX son de perfil cuadrado-, bruscamente enterrados contra la pared lateral derecha para sostenerlo e impedir que se cayera hacia delante. Entre esos hierros y el frente del ataúd había una cruz de fundición metálica de hechura muy moderna, con un Cristo, cromada, suelta y sostenida por presión. En la parte superior había otra cruz barata, de estaño, también del siglo XX, hecha en molde, muy alterada por el agua. A los pies se observaban diversos objetos que fueron imposibles de identificar por la altura de la pequeña ventana, la tierra y el escombros que había en el suelo. Hay que destacar que el agua caía en forma constante sobre el ataúd, goteando de manera permanente pese a que hacía días que no llovía.

Parado a un lado del ataúd se encontraba una cruz de hierro redondo, trabajada a mano, con sus extremos de estaño, obra típica de la segunda mitad del siglo XIX, con un corazón de chapa de hierro en su centro, suelto y apoyado sobre ella, aunque es evidente que en su origen estuvo unida a la cruz. Un brazo de esa cruz había sido doblado para que cupiera en el lugar y así sigue. Si bien estaba muy deteriorada la cruz y el corazón, al igual que las otras dos cruces que habían en el sitio, se decidió retirar el corazón -era imposible sacar la cruz por el agujero-, ya que estaba en un estado terminal de destrucción, con las letras apenas legibles y se consideró de importancia poder leerla antes de su destrucción final. Los crucifijos, ante su obvia modernidad, quedaron en el lugar a la espera de decisiones familiares.

Una vez retirado el corazón de metal, se realizó una inspección del objeto y previo a una prueba de solubilidad de la pintura de los restos de escritura se realizó una consolidación in-situ con Paraloid B72 al 3% diluido en acetona, con el objeto de minimizar el proceso de oxidación y consolidar los restos de pintura sobre la chapa. Luego se lo embolsó con materiales inertes para su traslado al Centro de Arqueología Urbana⁴⁴ con el fin de realizarle más estudios⁴⁵.

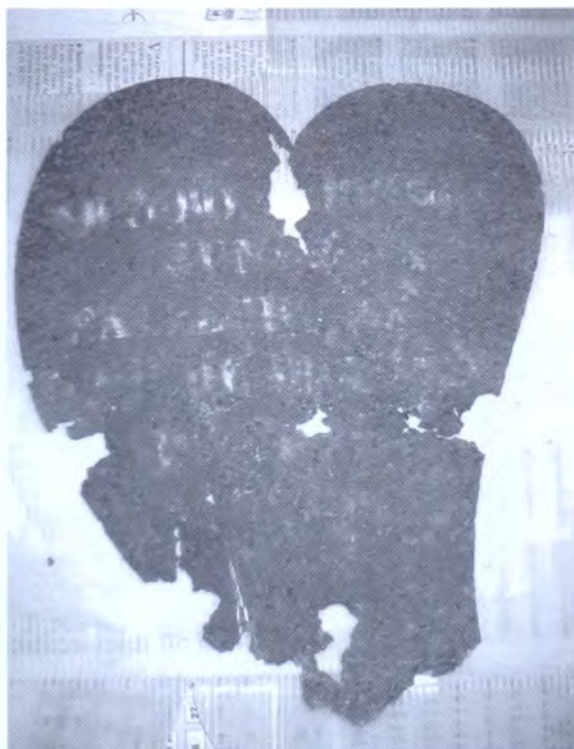
Tras todo esto, se procedió a cerrar la bóveda con un candado nuevo cuyas dos copias de la llave se entregaron al cuidador responsable y se realizó un acta formal describiendo lo actuado. La totalidad de los objetos hallados en el interior de la bóveda y asociados al ataúd de quien creemos que fuera Facundo Quiroga, fueron dejados en el sitio, a excepción de esa placa metálica, entendiéndose que se trata de objetos que no debían ser movidos del lugar por ningún motivo a menos que su destrucción fuera inminente.

44. Centro de Arqueología Urbana dependiente del Instituto de Arte Americano Mario Buschiazzo, FADU, UBA.

45. Esto se hizo en presencia de varios testigos y se levantó un acta por el responsable del cementerio, firmada por todos los presentes.

Estudios de la placa retirada de la tumba

Junto al ataúd parado, descubierto tras la perforación del muro, se encontró un conjunto de objetos que lo acompañaban, como ya hemos descrito. Entre ellos había un corazón de chapa oxidada, apoyado sobre una cruz de hierro forjado. Todos los objetos fueron dejados en el lugar, menos esta chapa en forma de corazón que se hallaba en muy mal estado de conservación, razón por la cual se decidió retirarla con el fin de rescatar sus datos históricos y colaborar en la preservación de su consistencia física. De otra forma, entre el agua que chorreaba constantemente, el cambio de humedad que se produciría ahora, el de temperatura y las condiciones ambientales, terminaría de destruirse inmediatamente.



Placa de chapa en forma de corazón con restos de una inscripción en letras blancas hallada en la bóveda de Facundo Quiroga

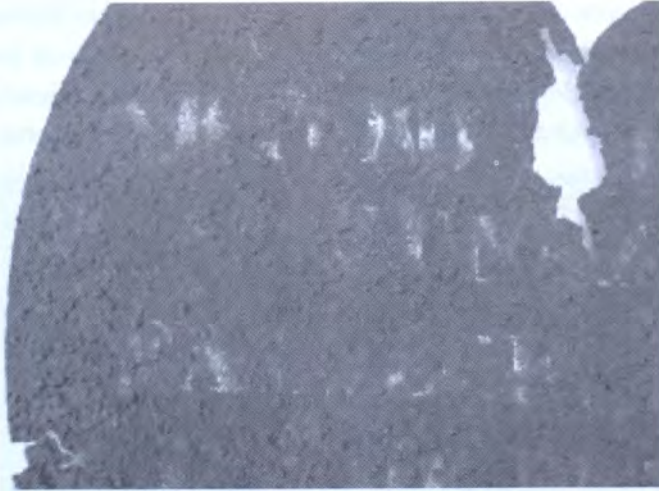
En el momento de extraer la placa se la apoyó sobre una superficie rígida de corrugado de polipropileno para evitar daños mecánicos. El objeto estaba totalmente atacado por corrosión con algunos faltantes que aproximadamente correspondían a un 10 % de la superficie total. Esta inestabilidad estructural y los faltantes provocados por la corrosión, fueron las causas de la evaluación de su mal estado de conservación.

Para minimizar los factores de deterioro que podían continuar provocando una mayor degradación, se aplicaron tres manos de un consolidante de base acrílica diluido en acetona, controlando previamente la insolubilidad de los restos de pintura existentes en dicho solvente, con el fin de fijar la pintura que quedaba de las letras y aislar parcialmente al objeto del aire. Se envolvió la placa con espuma de polietileno y se la trasladó en un contenedor rígido hasta donde pudiera ser estudiada y protegida con cuidado.

En el laboratorio se realizaron observaciones más precisas. En primer lugar se tomaron sus medidas, 32 cm. de largo por 26 cm. de ancho por 0,1 cm. de espesor. Luego se realizó una prueba de solubilidad de los restos de pintura y se determinó que era de base aceitosa⁴⁶. Para intentar mejorar la legibilidad de los restos de letras se tomaron fotos con luz de Wood (luz negra) y se calcaron los fragmentos de escritura sobre una filmina. El dibujo de las letras indica el posible uso de la técnica de estarcido para estamparlas y se detectaron cinco filas con las siguientes letras:

- 1- ART(U?)RO....
- 2- ...ETN...Z
- 3- FALLECI...
- 4-...DE....
- 5- Ilegible

46. Se agradece la colaboración del Dr. Mario Silveira y del Lic. Alberto Campos.



Detalle del sector donde las letras son más legibles.

Por medio de la observación con lupa binocular con aumento de 64 veces (64 X) se observaron dos tipos de corrosión, óxido ferroso (negro) y férrico (naranja). Este deterioro se produjo por el alto porcentaje de humedad existente en la bóveda y sólo pudo ser detenido manteniendo la placa en condiciones medioambientales adecuadas.

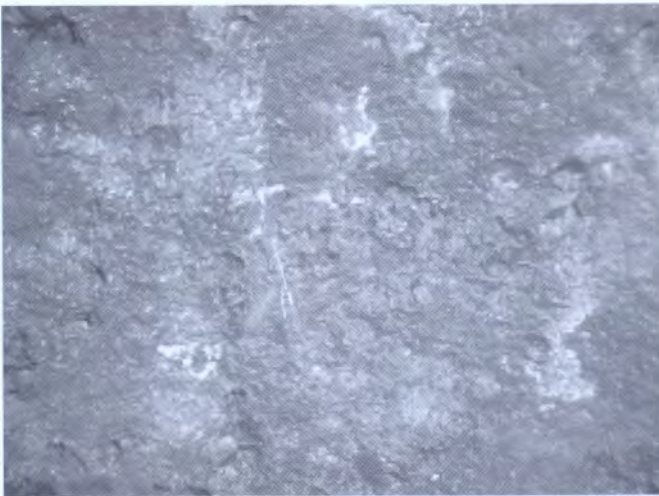
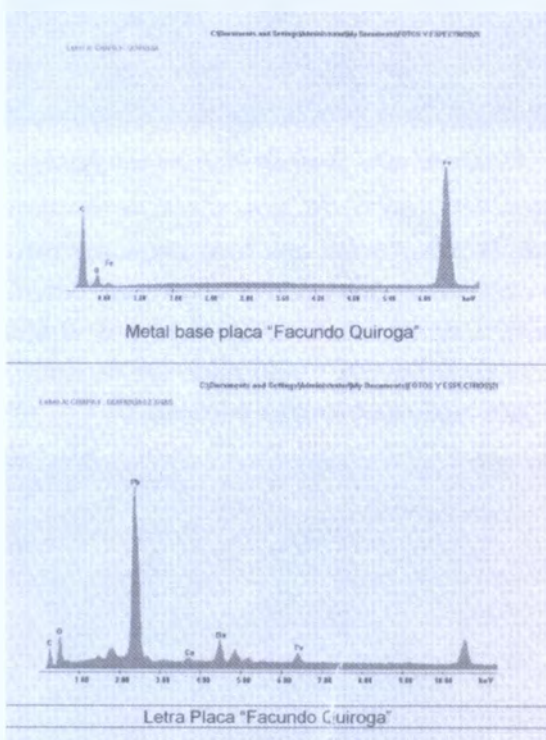


Imagen de la letra F bajo la lupa binocular (16X).

Para conocer datos más certeros sobre la composición de esta placa se realizaron ensayos en el Centro de Investigación y Desarrollo en Mecánica del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI)⁴⁷. Dado el carácter patrimonial del objeto, era importante hacer análisis no destructivos para conservar el material original. Se analizó la chapa y un pequeño fragmento de pintura blanca con la microsonda dispersiva de energías EDAX, dando como resultado la presencia de hierro en la parte metálica y de plomo en la pintura. También se intentó determinar las trazas de pintura superficial para identificar mejor la parte del texto a través de una radiografía, pero los resultados no aumentaron nuestro conocimiento.



Espectros obtenidos con la microsonda de energías EDAX. Arriba se observa el pico correspondiente al hierro (Fe) presente en la chapa y abajo el correspondiente a la presencia del elemento plomo (Pb) en la pintura blanca de las letras

47. Se agradece la colaboración del Ing. Jorge Schneebeli, Director Técnico de Mecánica del INTI, al Ing. Jorge Pina del Laboratorio de Microscopía Electrónica de Barrido, al Ing. Juan J. Zampini, coordinador de la Unidad Técnica Servicios Especiales, a William S. Crease, Nivel 2 Radiografía industrial y al Ing. Alfredo Naucevich, coordinador Unidad Técnica Ensayos no Destructivos.

En la actualidad, la chapa se encuentra conservada en un medioambiente adecuado y controlado, en espera de su depósito permanente, exhibición o nuevos estudios, para sumar conocimientos a los interrogantes que aún se plantean sobre el ataúd hallado en posición vertical dentro de la bóveda de Quiroga.



Tumba en Puerto Deseado, hecha hacia 1900 y re-usada en 1944 con un corazón de metal igual al de Facundo.



Tumba en Puerto Deseado con un corazón de hierro sobre el que le agregaron una placa nueva que indica que la fecha original es de 1892, nótese el reborde y los remaches.



Corazón de metal de Puerto Deseado en que la inscripción indica la fecha 1944

La lanza de Barranca Yaco, su recuperación

Desde hace muchos años existía una versión que recobramos por diversas personas relacionadas con la historia de la Federación, oralmente por supuesto, era que existía un “arma” encontrada en Barranca Yaco, uno de los pocos objetos que estaba fuera de los museos ya consagrados. Así que en algunos viajes a La Rioja, San Juan y Córdoba (aunque hechos por otros motivos), intentamos averiguar entre coleccionistas respecto al tema que resultó ser cierto, existía una punta de lanza, una especie de arma de mano, corta, de manufactura sencilla y de época, la que me ha sido entregada hace varios años –a través de terceros en común-, por familiares de un ex comisario. Los descendientes del comisario no pudieron explicar como llegó a su propiedad ese objeto⁴⁸. Junto con ella había una nota y una tarjeta en donde se indicaba que había sido entregada por quien era un homónimo de Facundo, parte de la familia, llamado obviamente Juan Facundo Quiroga, a Ramón José Quiroga, quien la había guardado desde su hallazgo hacía tiempo, posiblemente en 1941 o antes. En virtud de que, quien en ese entonces fuera la directora de la Casa de La Rioja en Buenos Aires, supiera de mi interés en la zona de Barranca Yaco, me puso en contacto y logró que me la entregaran.

Según la información recabada, la denominada lanza, si es que eso era, ha sido hallada en el sitio hace ya casi un siglo, accediendo desde la Ruta 9 y bajando la banquina hacia el sitio que se adscribe como el lugar del asesinato o sus cercanías, casi a un lado de donde está el grupo de cruces y el monumento recordatorio. El sitio, a pocos metros, nos ha sido señalado –en su momento pusieron allí una piedra peculiar que aún permanece-, y el sector presenta evidente erosión por la lluvia y tránsito. Ahora, en superficie, no se observan otros objetos, aunque es evidente que el sector ha sido alterado antrópicamente. Según la memoria de los propietarios el objeto estaba, hacia 1941 o poco antes, visible en la superficie por posible efecto de la erosión tras una fuerte tormenta, aunque no hicieron estudios o buscaron en torno de él, en virtud del desconocimiento del tema de parte de quienes la hallaron. El lugar exacto

48. Comisario de brigada (RF) Roberto Eduardo Sala.

indicado está ubicado a 30 metros del monumento recordatorio⁴⁹.

El objeto en cuestión, denominado tradicionalmente Lanza de Quiroga por quienes la conocen, está compuesto por una punta o extremo hecho de hierro forjado a mano, en forma lanceolada, de 12,50 cm. de largo, a la que le falta la punta, la que presenta evidencias de haberse quebrado tras doblarse. La superficie tiene las marcas del forjado con martillo y en la unión con el astil están despegadas las dos capas de metal con que fue solucionada la curvatura, poniendo en evidencia el procedimiento usado. Sin dudas, el metal ha sido limpiado del óxido que debió tener mediante un pulido mecánico simple, hecho por una persona no especializada. Es posible también que se tratara en origen del extremo de un mástil de bandera, pero si luego cambió de uso es imposible de demostrar, aunque suena lógico si la contextualidad es cierta.

El mango es de madera y mide en su parte visible 20 cm, está ahora consolidado por Paraloid B-72 como protector, ya que su estado de deterioro era absoluto. La punta de hierro fue limpiada a mano debido a que sus condiciones físicas eran estables. No hay evidencia definitiva de si fue del tipo: lanza larga de mango recortado o un instrumento más manual para ser usado como sable o cuchillo desde una distancia media –desde el caballo por ejemplo–, lo que era habitual en su tiempo. Tiene la apariencia, pese a su desgaste, de que el mango sea una simple rama de árbol con nudos, poco trabajada. Presenta dos clavos, elementos de diagnóstico importantes para fechar el objeto: uno en la unión entre la punta y el mango, el otro en el cuerpo de éste. Ambos son similares, de perfil cuadrado, cortados con maquinaria de tecnología preindustrial y con la cabeza terminada a martillo, una de cinco golpes y otra de uno solo. Es muy probable que sean de procedencia inglesa; esa tecnología comenzó a usarse hacia 1820 para desaparecer hacia el final del siglo XIX.

Es probable que se trate de un arma de mano fabricada de manera casera: esto se basa en que el mango puede ser de una simple rama alisada y usando una punta preparada para otros propósitos; es decir un artefacto para matar,

49. Una copia de este informe, el plano del sitio y las fotografías tomadas en 1998 se hicieron llegar a la Secretaría de Cultura del Gobierno de Córdoba con el objeto de que se tomaran las decisiones sobre el destino de dicha lanza; nadie respondió. El 10 de marzo de 2003 le fue entregada una nota al Secretario de Cultura de la Nación en Buenos Aires, otra a la Casa de La Rioja, en Buenos Aires y se lo habló personalmente en la Dirección de Patrimonio de la Secretaría de Cultura de Córdoba. Tampoco hubo respuestas más allá de las buenas intenciones.

hecho de manera rápida y barata. El clavo en el astil debió usarse para sostener una empuñadura de cuero ya desaparecida. La punta se quebró en el uso, posiblemente al tratar de sacarla de donde estaba clavada, quitándole eficacia con el quiebre y siendo ese un posible motivo de su abandono.

Si bien este objeto no puede asociarse a evento histórico alguno por sí solo y menos sin estudios específicos como identificar si aún hay presencia de sangre o ADN, su hallazgo en la tierra erosionada de Barranca Yaco, su fechamiento y características le dan un fuerte significado potencial. El largo total de la pieza actual es de 0.41 m.



Detalle de lanza.

Todo de nuevo: la refacción de la bóveda y la reubicación del ataúd: ¿y si no fuera Facundo?

Ahora, que hemos narrado la historia de la búsqueda y hallazgo del ataúd, sus características y sucesos relacionados, podemos hacernos algunas preguntas y destacar detalles que resultan interesantes. Porque ¿qué es la ciencia sino hacerse preguntas nuevas cada vez? Sí, es cierto, somos escépticos por naturaleza.

En primer lugar lo hecho parecería indicar que, como nosotros mismos ya hemos dicho, se trata del ataúd de Facundo, puesto en el lugar adecuado (su bóveda) y en la forma adecuada a la leyenda (parado y escondido). Y cuando algo está demasiado bien, uno sospecha, lamentablemente. Lo consistente ya lo hemos descrito, ahora vienen las incongruencias:

1. El muro que tapaba el ataúd era moderno, con ladrillos de 6 por 12 por 24 cm., es decir que no puede ser anterior a cerca de 1930.

2. Esa pared estaba revocada al igual que el nicho de manera continua con el resto de la bóveda, incluyendo las camas de hormigón armado, lo que demuestra que antiguo u originario no es el conjunto. El cemento era muy raro aun y el hormigón ni siquiera se había inventado.

3. El ataúd no estaba bien sostenido como correspondería sino simplemente apretado con hierros mal clavados que no eran del siglo XIX, sino modernos.

4. Los dos crucifijos son modernos, de hierro fundido y hechos por estampado, incluso el que pudo verse en detalle estaba plateado por cromado; de mínimo costo y no deben tener ni treinta años.

5. La cruz de hierro es del siglo XIX, con certeza.

6. La chapa de metal, cuya asociación a la cruz era evidente (aunque no probada), pudo ser puesta con posterioridad y se usó ese tipo de ornamento fúnebre desde aquella época casi hasta el presente.

7. El doblado de la cruz para que entre en el nicho es algo que no consideramos que haya sido hecho con demasiado respeto. Con fuerza bruta se la dobló por donde se podía sin medir siquiera el nicho o si era necesario hacerlo.

8. El corazón de chapa no presenta evidencias de ser de la tumba de

Facundo, sino de un tal Arturo de apellido desconocido. Podría serlo y la lectura parcial no deja verlo, pero todo indica que no lo es.

9. El ataúd que identificamos en origen como de bronce y que se nos prohibió ver completo o analizar no parece ser de bronce ya que actualmente presenta superficies con óxidos de hierro. O es una aleación que merecería un estudio o es otro metal pintado de verde, pero bronce, no es.

10. Las manijas del ataúd, indican que son del siglo XIX y fueron muy maltratadas en el último movimiento en que algunas se desprendieron. Son estampadas, de decoración neogótica, impensables para el S. XX, el único bronce podría ser el de la agarradera en sí misma.

11. Fue extraña la reacción familiar de impedir todo otro estudio, incluso penetrar en la bóveda, cuando por otra parte se hicieron obras para arreglarla y sacaron el ataúd cambiándolo de posición por simples operarios.

12. La destrucción de cajones existentes para dejar una cama libre y el retiro de las bolsas con restos sin estudio alguno.

13. El borrado de toda evidencia acerca del lugar en que estuvo emparedado y en especial de la pared de ladrillos que indicaba que era una obra moderna.

14. El no definir el destino del corazón metálico, una vez analizado.



Nueva posición acostada del ataúd, nótese la manija arrancada durante el traslado y los rayones en la superficie que evidencia no ser de bronce.



Manija original de bronce de estilo neogótico



Cruz de hierro encontrada doblada al lado del ataúd, ahora puesta encima de él.



El nicho una vez borrada toda evidencia que permitiera estudiarlo, en el piso y como basura, las manijas de bronce sacadas de los demás ataúdes.



Crucifijo moderno y niquelado puesto entre el ataúd y el soporte clavado en la pared.

En forma sintética nuestra interpretación actual es que a Facundo se lo redujo a cenizas ya en su tiempo, porque el cadáver se fue deshaciendo o por decisión concreta, pero que por motivos políticos fue necesario mantener o recolocar en un ataúd. Y así se hizo. Estuvo en su bóveda por mucho tiempo. En algún momento del S. XX, quizás hacia 1940 o después, algún evento político debe haber puesto en precaución a algún familiar que decidió emparedarlo para esconderlo, y así reconstruir el mito. Es posible que eso coincida con las obras hechas en el sitio en la década de 1940, pero incluso pueden ser posteriores, muy posteriores. Quizás bastante recientes.

La reacción familiar, más allá de sus peleas internas (como en todos lados existen), fue entre mala y negativa; es cierto que había razones para tener reparos y es cierto que es una bóveda privada que hay que respetar, pero nada se hizo de nuestra parte sin permiso y sin respeto. Teníamos con nosotros una antropóloga forense y una conservadora-restauradora para asesorar a la familia, pero a nadie le interesó. Rehicieron la bóveda a su saber y entender, la limpiaron y pintaron, sacaron el ataúd de la pared, desmantelaron el nicho, se deshicieron de lo que molestaba y ni siquiera se interesaron por los estudios de la placa de hierro. Demarchi, en un correo electrónico del 22 diciembre de 2005, me escribía que iba a limpiar y terminar los trabajos para poder sacar bien el ataúd: “yo quiero concluir la limpieza y encarar a fines de enero o principios de febrero la reducción (de lo que estaba en la bolsas) que es tarea rápida” y que “todo va a estar más despejado para abrir el nicho (...) mantengamos la comunicación”. Eso era 2006. Lamentablemente nada se hizo conforme a la razón.

¿Por qué? ¿Había algo que ocultar que en ese momento no sabían? Creemos que sí, y no era a Facundo precisamente.

Nuestra interpretación hoy, basados en lo ya dicho, es que alguien de la familia y seguramente sin el conocimiento del resto, en algún momento decidió esconder el ataúd, e hizo lo que pudo o supo, dejando todo en manos de albañiles, no de profesionales. Más tarde seguramente alguien más metió la mano, hizo la pared nueva, lo puso o dejó de pie para reforzar la leyenda y cerró todo. Pasaron algunos años y, al encontrarlo,

nadie se hizo cargo de eso porque justamente era lo esperable de encontrar: un féretro de pie tras una pared. No importó si era moderno, es decir si el haberlo colocado allí era un hecho relativamente reciente, no se dijo nada, no se supuso que la ciencia podría demostrar que era una pared nueva y que la placa no era de Quiroga, o que los crucifijos eran modernos. Todo cerraba para que el mito del héroe siguiera incólume. Y eso es lo que encontramos, la nueva construcción de un mito, que ya no descansa de pie.

BIBLIOGRAFÍA

Informes y documentos

Certificado de titularidad del terreno en La Recoleta otorgado a perpetuidad al General Don Facundo Quiroga, 13 de diciembre de 1936 otorgado por la Dirección General de Cementerios el 8 de octubre de 2003, C.C. N° 72/2003

Informe técnico N° IN- 13- E- 053- IN/04 de la Gerencia C.A.C. de la Unidad de Actividad Ensayos No Destructivos y Estructurales de la Comisión Nacional de Energía Atómica, aprobado por el Lic. Alberto Pastorini el 10/08/2004

Informe técnico del 30 de junio de 2005 de la placa encontrada en el féretro del panteón de Horacio Quiroga, Patricia Frazzi, Centro de Arqueología Urbana, FADU-UBA.

Alfonsín, Jorge

2005 - Diversos manuscritos inéditos, fotografías, planos e información suministrada acerca de Facundo Quiroga, Buenos Aires.

Libros

Barba, Enrique

1984 - Quiroga y su caballo moro, Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, 2ª época, n° 10, pp. 365-368, Mendoza.

1974 - Quiroga y Rosas, Pleamar, Buenos Aires.

1958 - Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López, Hachette, Buenos Aires.

Cárcano, Ramón

1931 - Juan Facundo Quiroga: simulación, infidencia, tragedia, Roldán Editor, Buenos Aires (reedición de Losada, 1960).

Cárdenas de Monner Sanz, María

2004 - Juan Facundo Quiroga: otra civilización, Librería Histórica, Buenos Aires.

Carrasco Quintana, Martín

2004 - Como se mata un caudillo: papeles de Barranca Yaco, El Calafate Editor, Buenos Aires.

De Paoli, Pedro

1960 - Facundo: vida del brigadier general don Juan Facundo Quiroga, víctima suprema de la impostura, Editorial Ciorda, Buenos Aires (2ª. Edición), también se usó la de Plus Ultra de 1973.

Fitte, Ernesto J.

1971 - Bienes sucesorios del Brigadier General Juan Facundo Quiroga, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Gálvez, Manuel

1974 - Vida de Juan Manuel de Rosas, 4 volúmenes, Centro Literario Americano, Buenos Aires.

González, Joaquín

1957 - La tradición nacional, Hachette, Buenos Aires.

Lafforgue, Jorge

1999 - Historias de caudillos argentinos, Alfaguara, Buenos Aires.

López Mato, Omar

2008 - Después del entierro, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Luna, Félix

1966 - Los caudillos, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires

Newton, Jorge

1974 - Francisco Reinafé, el promotor de Barranca Yaco, Plus Ultra, Buenos Aires.

Ortega Peña, Rodolfo y Eduardo Duhalde

1990 - Facundo y la montonera, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

Pagano, Mabel

2005 - Lorenza Reynafé, o Quiroga: la barranca de la tragedia, Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Peña, David

1986 - Juan Facundo Quiroga, Hyspamérica, Buenos Aires.

Rivera, Jorge B.

1974 - El general Juan Facundo Quiroga, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires

Saldías, Adolfo

1945 - Historia de la Confederación Argentina, Editorial Americana, Buenos Aires.

Sarmiento, Domingo F.

1845 - Civilización o barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspectos físicos, costumbres y hábitos de la República Argentina, Imprenta del Progreso, Santiago de Chile (editado como folletín y luego en libro).

1945 - Facundo: civilización y barbarie, Editorial Sopena, Buenos Aires.

1962 - Facundo (prólogo y notas de Alberto Palcos), ECA, Buenos Aires.

Schávelzon, Daniel y Patricia Frazzi,

2007 - Informe del estudio de la bóveda de Facundo Quiroga en la Recoleta, Primer Congreso Argentino de Arqueometría, pp. 488-492, Rosario,

Urien, Carlos M.

1907 - Quiroga, estudio histórico constitucional, Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos, Buenos Aires.

Varela, José R.

1983 - El correo de la tragedia de Barranca Yaco, Filatélicas, no. 6, pp. 79-84, Buenos Aires.

Zárate, Armando,

1985 - Facundo Quiroga, Barranca Yaco. Juicios y testimonios, Plus Ultra, Buenos Aires.

NUM. 2.º

LIB. 15.

REGISTRO OFICIAL

DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1836.

DECRETO

*Disponiendo el modo como deben recibirse los restos del
General Quiroga.*

(1000)

VIVA LA FEDERACION!

MINISTERIO
DE GOBIERNO. }

Buenos Aires, Febrero 5 de 1836. _____
Año 27 de la Libertad, 21 de la Independencia
y 7 de la Confederacion Argentina. _____

Debiendo conducirse el Domingo 7 del presente mes, desde el pueblo de San José de Flores, los ilustres restos del benemérito Brigadier General D. Juan Facundo Quiroga, al templo de S. Francisco, donde han de conservarse en depósito hasta el día destinado por su viuda Da. Dolores Fernandez de Quiroga para los funerales de cabo de año que han de celebrarse por el bien del alma de

dicho finado; el Gobierno ha acordado y decreta :

- Art. 1. El Gobierno de la Provincia saldrá el Domingo 7 del corriente á las 8 y media de la mañana de la fortaleza con el Exmo. Tribunal de Justicia, Fiscal, Asesor, Jueces de primera instancia en lo civil y criminal, y Generales y Coroneles del Egército de la Provincia existentes en la ciudad, para recibir en el camino *General Quiroga*, las respetables cenizas de este distinguido ciudadano argentino, y acompañarles hasta el enunciado templo de S. Francisco á su depósito.
2. Las corporaciones y empleados de la lista civil y militar concurrirán al precitado templo á las diez de la mañana, donde ocuparán los asientos que por el ceremonial le corresponda, siendo presididas hasta el regreso del Gobierno, la ala de los empleados civiles por el Ministro de Relaciones Exteriores, y la militar por el General mas antiguo, en ausencia del Inspector General, encargado en ese dia de mandar la línea.
3. Para el responso que debe tener lugar en el templo de San Francisco en este acto fúnebre y religioso, se oficiará al Ilmo. Obispo Diocesano, á fin de que invite á todo el clero secular y regular de la capital, para que concurra al expresado templo de S. Francisco á la hora de las nueve y me-

- dia de la mañana del mismo día siete del presente.
4. Se formará la tropa del ejército de la Provincia en dos alas, dejando libres ambas veredas, desde la esquina del templo referido hacia la calle de la Reconquista, hasta llegar á la plaza de la Victoria, de la que seguirá por el ángulo en dirección á las tres esquinas de la Catedral; y de allí continuará por la calle de la Plata.
 5. A fin de que todos los ciudadanos de este pueblo piadoso, tengan parte en la justa demostración de gratitud y respeto que debe tributarse á la memoria del ilustre General D. Juan Facundo Quiroga, por los eminentes servicios que rindió á la Patria; el Gobierno invita á todos aquellos que tengan coche propio, ó facilidad de proveerse de él, á que concurren á la fortaleza el día 7, á la hora designada de las ocho y media de la mañana, para acompañar al Gobierno hasta el camino—*General Quiroga*, á recibir sus respetables cenizas.
 6. Las personas que á virtud de esta invitación asistan á la fortaleza, irán después de los coches del Superior Tribunal de Justicia, funcionarios, Jueces, Generales y Coroneles, que expresa el artículo 1.º, colocándose á lo mas cuatro ciudadanos en cada coche.
 7. Todos los empleados públicos de la lista civil, y militar llevarán en ese día el luto

- de costumbre, de un velillo negro en el brazo izquierdo.
8. El Gefe de Policía avisará à los vecinos por donde debe transitar la comitiva, por conducto de los Alcaldes, y Tenientes de barrio, que el Gobierno espera que cuidarán de hacer barrer y regar en ese dia sus respectivas pertenencias.
 9. Impártanse las órdenes correspondientes para el puntual cumplimiento de este decreto, que se publicará, é insertará en el Registro Oficial.

ROSAS.

El Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno,
Agustín Garrigós.



**Este libro se terminó
de imprimir en
Titakis Servicios Gráficos
en el mes de Marzo de 2010
Av. Donato Alvarez 1532 (1416) C.A.B.A.
Tel.: (5411) 4581-3283 / 4584-9338
e-mail: titakis@titakis.com.ar**

El Tigre de los Llanos sigue rugiendo desde su tumba recoleta. Tantas cosas se han dicho sobre el general Quiroga, tantas mentiras y exageraciones se han escrito sobre Facundo, que no puede descansar en paz. Ruge por las noches al recordar su crimen avieso, premeditado y alevoso que tantas veces le habían advertido. Pensaba que nadie habría de atreverse pero su orgullo, su indomable orgullo, le impidió entender que tarde o temprano sus enemigos se cobrarían las cuentas pendientes. Facundo despreciaba a los Reinafé, esos hermanos brutales que había tratado de derrocar años antes. Pero el fiel Ruiz Huidobro no pudo con ellos, y ahora los Reinafé se tomaban la revancha en medio de un monte perdido en la inmensidad cordobesa. Facundo marchó al muerte en una galera, porque el paso carcomido por el reuma le impedía cabalgar como en otros tiempos. Murió traicionado, con la cara desfigurada por el tiro de Santos Pérez, el cuerpo desnudo, el cuello degollado, robado y vejado por estos que no eran más que salteadores de caminos.

Si, no es raro que el Tigre siga rugiendo, gima de dolor y de impotencia cuando le achacan injusticias que no cometió. Él, el bárbaro, al momento de morir lucía casimires ingleses, camisa de seda, tocadores con sus iniciales en oro y un reloj con cadena que nunca dejó de funcionar, ni aún cuando él ya estaba muerto y su cuerpo se pudría bajo el sol de Sinsacate. Murió Facundo antes de que su estrella declinara, cuando aún su nombre era prestigioso y sinónimo de promesas..., por eso es que su dimensión se agiganta como los mitos que alimenta. Facundo, desde su tumba recoleta, coronada con la imagen doliente se eterniza en el imaginario de los argentinos. Dicen que lo han enterrado de pie como a un caballero castellano. ¿Dónde está el cuerpo de Facundo que trajeron de Córdoba? Dicen que está parado para presentarse así ante el Creador. Dicen que quieren llevárselo a La Rioja para que, de una vez por todas, descanse en sus pagos. ¿Sus pagos? Si él fue feliz en Buenos Aires, jugando a los naipes a manos llenas y persiguiendo damitas porteñas. Tantas cosas se dicen de Facundo que resulta difícil separar la verdad de las exageraciones y la mera fantasía.

Esta es la muerte de Facundo, del brigadier Quiroga, sin mitos, ni versos, ni cantos doloridos o suposiciones. La descarnada historia de su muerte y sus sepulturas, el rito final que honró sus días.

Lo demás queda al arbitrio de la imaginación. Esto que narramos es sólo historia, sin juicio ni prejuicio.

Obra de tapa: "Asesinato de Quiroga" (1923) de Pedro Figari. Óleo sobre cartón, 49 x 68,4 cm. Colección Carlos Pedro Blaquier y Nelly Arieta de Blaquier.

